pincel de Apeles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fidias, hasta las alcarrazas de Andujar; desde el compas de Vitrubio, hasta el cuezo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista*; el motilon que echa tinta en los moldes, *Artista* tambien; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distinguido Artista*; el que toca la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares*; el herrador de mi calle, *Artista veterinario;* el barbero de la esquina, *Artista didascálico;* el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo;* el que lee el Laberinto ó el Semanario, los sócios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros ó al teatro, los que forman corro al rededor de la murga, *Artistas de aficion*; el perro que baila, el caballo que caracolea, el asno que entona su romanza... *Artistas, Artistas de escuela.*

Entre tanto, como todo el mundo es artista, los Artistas no tienen que comer, ó se comen unos á otros. —El clero y la nobleza que antes les sostenian, están ahora muy ocupados en buscar donde sostenerse.—La grandeza metálica de los Fúcares modernos, está por las artes de movimiento, protegen la *polka* y la tauromaquia, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quiere estátuas, sino buenas mozas; sus libros son el *Libro mayor* y el *Libro diario*; sus conciertos el ruido del aurífero metal. Cuando mas, y para satisfacer su amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero, y todo lo mas elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbron.—Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco ó las vistas de la Suiza.

El Artista entre tanto, desdeñado por la fortuna, camina á la inmortalidad por la vía del hospital; y se sube á una buhardilla con pretesto de buscar luces; allí se encierra mano á mano con su independencia, y se declara hombre superior y génio elevado: descuida los atavíos de su persona por hacer frente á las preocupaciones vulgares; y ostentando su escentricidad y porte exótico é inverosímil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raices de que puede disponer. Desdeña la crítica periodística por incompetente; la autoridad del maestro por añeja; los consejos de los inteligentes por parciales y enemigos; y con una filosofía estóica, responde á la adversidad con el sarcasmo, á la fortuna con el mas altivo desden. Por último, cuando se permite una invasion en el campo de la política, adopta las ideas mas exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que antes le sostenian, y sustituido las artes liberales por otras, tambien *artes*, y *liberales* tambien.

EL ALCALDE DE BARRIO.

Todavia humean las cenizas de este tipo recientemente sepultado por la novísima ley de ayuntamientos; todavía resuenan sus glorias en nuestros oidos; todavía aparece á nuestra memoria con su presencia clásica y dictatorial.

Parécenos aun estar viendo al honrado vidriero ó al diligente comadron, que revestido por obra y gracia (no sabremos decir de quién) con aquella autoridad local, inmediata, tangible, que iba aneja al baston de caña con las armas de la Villa, se recogia en los primeros momentos en el retrete de su imaginacion, para ver el modo de corresponder dignamente al reclamo de sus comitentes, y no defraudar las esperanzas del pais que le confiaba los destinos de un barrio entero.

Su primera diligencia era desdeñar por humildes é incongruentes sus antiguas mecánicas faenas; habilitar para despacho la trastienda ó el entresuelo; tomar respecto á los mancebos y oficiales una actitud de estatua ecuestre; y ver de improvisar una alocucion en que diese á conocer á la familia todo el peso de su autoridad.—Recogíase en seguida en un rincon de la trastienda para recordar á sus solas algunos rasgos medio olvidados de pluma, y satisfecho de su idoneidad para la firma, abria luego la audiencia y escuchaba á las partes, cuyas causas solian reducirse á tales cuales bofetadas ó puntapies recibidos y datados en cuenta corriente; á tal indiscreta incursion en el bolsillo del prójimo, ó á cual permuta del marido por el amante, de la mujer agena por la propia mujer.

El Alcalde severo y cejijunto y con cara de juez, les echaba una seria reprimenda, recordando su deber á ellos que se disculpaban con no tener con qué pagar, y recomendando los buenos principios á quien no conocia otros que pepitoria de Leganés ó pimientos en vinagre. Ultimamente les apercibia con otra amonestacion en caso de reincidencia, amen de dos ducados de multa impuestos á nombre de la ley, y que cuidaba de exigirles el alguacil que hacia de ley.

No solo era la trastienda el tribunal de esta benéfica autoridad. Por las noches y ratos desocupados, se entregaba á la justicia ambulante; rondaba callejuelas y encrucijadas; detenia al ratero en su rápida carrera; protegia al bello sexo contra un inhumano garrote; echaba su baston en la balanza del tocino; conducia á su manso la oveja perdidiza, y si era acabada la pendencia la hacia volver á empezar por tener el consuelo de interponer y hacer brillar su autoridad en todos aquellos episodios que bajo el título de *ocurrencias* amenizan la última página del Diario de Madrid.

Otro de los cuidados, y el mas importante acaso de su cometido, era el formar los padrones del vecindario de su distrito, y aquí era donde habia que admirar la inteligencia y esactitud del Alcalde vidriero ó comadron aplicados á la estadística.—Armado con sus antiparras circulares, su baston de caña y su tintero de cuerno, y seguido siempre del inseparable ministril, iba tocando casa por casa y preguntando en cada una.—«¿Hay novedad desde el año pasado?» y respondiéndole que no, continuaba copiando en las casillas los nombres del padron anterior, sin alteracion de edades ni de estados. Los apellidos recibian en su pluma terminaciones bárbaras que harian sudar al etimologista mas perspicaz: las profesiones siem-

pre eran las mismas: v. g. «Fulano, herrador; Zutana, su mujer, idem; Mengana, su abuela, idem,» etc. Preguntaba luego en la parroquia (queriéndola echar de culto), si habia habido defunciones, y el sacristan le contestaba que de funciones solo habia en todo el año la de San Roque, con lo cual el Alcalde le borraba por muerto de la matrícula.—En el cuarto bajo afiliaba á madre Claudia y á sus educandas, bajo el genérico nombre de *artistas*; para él todos los vecinos de las buhardillas, eran *agentes* de negocios; todos los escribientes, escritores públicos; todos propietarios, los que tenian veinte y cuatro horas diarias de que disponer.

Llegaban luego las elecciones, y aparecian en las listas los difuntos y los no-nacidos, los niños de pecho y los mozos de cordel. Un año daba el padron del barrio tres mil almas, y al año siguiente diez y seis mil; en aquel todos eran varones, y en este llevaban las hembras la mayoría; en cuanto á la material colocacion de los nombres, ocurria muchas veces que el elector que encontraba el suyo en una lista tenia que ir á buscar su apellido al otro barrio.

No era menos de admirar el celo é inteligencia del Alcalde en la espedicion de pasaportes, cuando á primera hora de la mañana, sentado en su silla de Vitoria tras de la mesilla cubierta de bayeta verde, calados los anteojos, el gorro de algodon ó la gorrilla de cuartel, el cigarro en la boca y la pluma tras la oreja, aparecia ocupado en atar y desatar (muchas veces del reves) padrones y registros, mientras iban entrando los postulantes desde la criada que mudaba de amo, hasta el elegante que salia á viajar.

—«Buenos dias, señor Alcalde.» (El Alcalde no daba respuesta.)

—Yo soy Engracia de Dios, que he servido de doncella á don Crisanto, el droguero de la esquina, y paso á casa de doña Paula la Corredora, viuda del corredor.

(El Alcalde echa una mirada indiscreta á la doncella y no le parece del todo mal.)

—¿Y cómo es que ha abandonado V. al señor don Crisanto, niña? (La muchacha se pone colorada y se arregla el brial.)—Ya ve V., porque... (El Alcalde interrumpe su respuesta y dicta el padron.) «Engracia de... tal; que deja al amo que servia, por... razon de estado, etc.

El elegante que espera el pasaporte hace largo rato, busca donde sentarse, pero el Alcalde previendo este desacato, ha suprimido las sillas. Llégale en fin su turno, y el Alcalde le pide un fiador con casa abierta.

—¡Un fiador, un fiador! (responde el caballero) á mí, don Magnífico Pabon, conde del Empíreo, que paso de intendente á Filipinas...

—Mas que sea V. (replicó el Alcalde) el mismísimo Preste Juan. Aquí no hay mas que la ley; la ley...

Por fortuna acierta á entrar á la sazon el zapatero de viejo que trabaja en el portal de don Magnífico tras de un biombo (que no puede ser casa mas abierta) y aquel, conociendo lo árduo del caso, le propone si quiere ser su fiador. El zapatero contesta que sí, pero que no sabe como él, que viene á responder de un duro tomado al fiado puede...

—No importa (replica el Alcalde); la ley es ley, y V. tiene casa abierta, con que puede V. ser fiador. Estienda V. el documento, secretario, yo dictaré. *«Pasaporte para el interior. Concedo pasaporte, etc.* (lo impreso) *á don Fulano de tal, baron de Illescas, que pasa á las islas Filipinas en la Habana; va de interinidad á negocios propios: sale en posta, via recta, y con obligacion de presentarse diariamente á las autoridades de los pueblos donde pernocte... Señas personales. Cara redonda; ojos idem; boca idem; pelo idem. Va sin enmienda. Valga por un mes.*

EL ELECTOR.

El interminable y desatentado giro de nuestra máquina política, ha privado de la vara (ó sea baston) de barrio á nuestros tenderos y hombres buenos; pero en cambio quedan aun á todo honrado ciudadano una porcion de derechos imprescriptibles, con los cuales puede en caso necesario engalanarse y darse á luz.

En primer lugar tiene el derecho de pagar las contribuciones ordinarias de frutos civiles, paja y utensilios, culto, puertas, alcabalas, etc., amen de las estraordinarias que juzguen conveniente imponer los que de ellas hayan de vivir. Tiene la libertad de pensar que le gobiernan mal, siempre que no se propase á decirlo, y mucho menos á quererlo remediar. Puede, si gusta, hacer uso de su soberanía, llevando á la urna electoral una papeleta impresa que le circulan de órden superior. Está en el lleno de sus prerogativas, cuando hace centinela á la puerta de un ministerio, ó acompaña á una procesion uniformado á su costa con el traje nacional. Da muestra de su aptitud legal y representa la opinion del pais, cuando abandonando su taller ó su mostrador, va á escuchar la acusacion y defensa de un artículo de periódico, que para el fiscal es subversivo, y para él es griego. Y ejerce, en fin, una envidiable magistratura, cuando emplea su influjo y diligencia para que el uno sea alcalde, el otro regidor, este oficial de su compañía, aquel gefe de su escuadron.

Por último, el bello ideal del Elector, es cuando á fuerza de su valimiento y conexiones llega á trepar hasta el rango de Electo; cuando á impulsos de la popularidad que disfruta en su casa ó en su calle, consigue trocar un año la vara de Búrgos por el baston concejil; el peso de los garbanzos por la balanza de Astrea; el banquillo de su trastienda por el banco municipal.—Entonces es cuando reconoce lo bueno de un órden de cosas en donde uno es cosa; lo escelente de una administracion en que uno propio administra; lo admirable de un teatro en que uno hace de galan.—Guiado por el celo hácia el servicio público (hablamos del público de su bando, pues el otro no es prójimo) trabaja dia y noche con asiduidad; asiste á comisiones; registra espedientes; presenta proyectos; sostiene polémicas; dirige obras públicas y comidas patrióticas; y en uso de su derecho, descuida sus propios negocios y se arruina por dirigir los de los demas. Verdad es que llegado aquel caso se toma tambien la libertad de no pagar, por la sencilla razon de no tener con qué; y á la demanda de sus acreedores, responde heróicamente cual el otro ilustre romano: «Hoy hace un año que *me pronuncié* y salvé á la patria; vámos al Capitolio á dar gracias á los dioses.»—Y cogen y se van á la taberna á echar medio chico.

EL POETA BUCÓLICO.

Hé aquí otra raza antidiluviana que los futuros geólogos hallarán en el estado fosil bajo las capas ó

superposiciones de nuestra tierra vegetal. Hé aquí otro de los tipos inocentes y de buen comer que la marcha corretona del siglo ha hecho desaparecer de la escena con sus dulces caramillos, sus florestas y arroyuelos, sus zagalas retozonas y sus pastores peripatéticos, sus fieles Melampos, y su cayado patriarcal.

Hoy dia, si uno se echa á discurrir por esos prados adelante, en vez de tiernos coloquios y flautiles conciertos, está á pique de asistir á un entierro de algun poeta suicida, ó á un desafío á pistola entre dos filósofos, ó á una imprecacion al diablo hecha por una mujer fea y superior.—El olor del tomillo se ha cambiado por el de la pólvora; las églogas coreadas por los responsos y nocturnos; y el amor cieguezuelo por el ojo anatómico del doctor Gall.

Ya no hay ovejas que asistan al cantar sabroso

«de pacer olvidadas escuchando.»

hoy solo figuran buhos agoreros que en cavernoso lamento y profundo alarido interrogan á la muerte sobre su fatídico porvenir. Ya no hay chozas pajizas, quesos sabrosos, ni leche regalada: solo se ven *en el campo del dolor* espinas y abrojos, sepulcros entreabiertos, gusanos y podredumbre. Los mansos arroyuelos, trocáronse en profundos torrentes; las floridas vegas en riscos escarpados; las sombrías florestas en desiertos arenales.

Yo, si va á decir la verdad (y con el permiso del auditorio), no veo esto ni aquello por mas que me echo á mirar; lo cual me convence mas y mas de mi prosáica, material y nimia inteligencia. Y hé aquí sin duda la razon por qué no he tropezado aun con zagalas ni con ángeles; los Salicios y Nemorosos he tenido siempre la desgracia de verlos bajo la forma de Blases y Toribios, y su dulce lamentar mas me ha parecido graznido de pato que música celestial; así como tampoco veo la sociedad de maldicion que los modernos vates, sino un mundo muy divertido, como que no conozco otro mejor: ni en la mujer hermosa, me echo á adivinar su mísero esqueleto; antes bien me complazco en contemplar su belleza, muy propia para lo que el Señor la crió. Los arroyos ni torrentes no me murmuran ni me lamentan, antes bien me refrescan y me hacen dormir la siesta: el cementerio me parece cosa muy buena; pero no pienso entrar en él hasta que me lleven; y en cuanto á los puñales y venenos los dejo á los herreros y boticarios.

Mas si por alguno de aquellos estremos me hubiese tomado el diablo (dado caso de que yo fuera un genio) escogia á no dudarlo el de la zamarra pastoril, y desde ahora para entonces renunciaba á los goces de la sanguinosa daga ó del bruñido puñal. Porque aquellos (los zamarros) eran hombres de buen humor, que así entonaban un epitalamio como bailaban un zapateado; que así disertaban en una academia como improvisaban una *bomba* en un regalado festin. Ni se tenian por hombres providenciales, enormes; ni pretendian á lo que creo ser la única espresion de la sociedad; y lo eran sin embargo, con su poesía rosada, sus honrados conceptos, y su mantecosa moral.—Para ellos el ser poeta era lo mismo que hacer coplas, y de ningun modo pensaban que esto era una mision, sino un intríngulis; y el que tenia vena (que así se decia) ó le soplaba la musa (que así se pensaba), tenia carta blanca para salir por esas calles echando redondillas y ovillejos, epígramas y acertijos á todo trapo, viniesen ó no á pelo, los cuales, corriendo luego de boca en boca, acababan por dar al coplero repentista una fama colosal.

Esta reputacion, en verdad, á nada conducia, ó le conducia cuando mas derechito al hospital de Toledo; pero mientras andaba suelto, era el hombre mas feliz de la tierra, viendo impresas en el Diario sus improvisaciones y ensueños; oyendo cantar sus gozos á las colegialas de Loreto ó á los niños de la doctrina; y guiando él mismo el coro báquico en el banquete de un grande de España.—Una plaza en la contaduría de este, una buhardilla en las nubes, un banquillo en la librería, ó un tablero de damas en el café, bastaban á llenar sus deseos y á amenizar su existencia: el término de aquellos era un beneficio simple ó la administracion de un hospital. Hasta que ya en edad avanzada, se retiraba del mundo, renegaba de su lira, y se abrazaba con el hábito franciscano ó la sotanilla del hermano Obregon.

EL AUTOR DE BUCOLICA.

Ahora, en los tiempos positivos que alcanzamos, el ingenio está sujeto á tarifa, Apolo y las musas se rigen por un arancel. No hay eruditos que consuman su vida en averiguar fechas ó en interpretar viejos cronicones; pero en cambio tenemos ámplia cosecha de *genios* improvisados, desde la edad de diez á la de veinte abriles; amen de algunos genios *de pecho* que hacen concebir las mas lisonjeras esperanzas.—En los principios de su carrera, el ingenio espontáneo derrama á manos llenas y sin el mas mínimo interes los torrentes de su sabiduría, pero andando mas los tiempos y luego que reconoce la necesidad práctica de

ganar su vida, la razon corta los vuelos al albedrío, la materia sube á las ancas del espíritu, y el cálculo matemático entra á disputar el campo á la noble inspiracion.

Nuestro autor entonces abre tienda de talento ó pone bufete de ingenio; y abraza la carrera de las bellas letras como el comerciante la de las buenas y el abogado la de las malas. Echa el ojo en el vasto campo de la literatura á aquella especialidad que mas le conviene ó de que espera tener mayor despacho, y ya se dedica á vender á la menuda trozos líricos y composiciones fugitivas, al sol, á la luna, á las estrellas y demas novedades, ya se declara filósofo contemplativo y pintor de las costumbres sociales; ora se emplea en trazar la historia que puede pasar por novela, ora se complace en escribir novelas que pican en historia; los unos se encargan del surtido por mayor de narraciones, episodios cuentos y traducciones para los periódicos, los otros (y son los mas) disparan al teatro su erizada batería de dramas venenosos, tragedias líricas, comedias, loas y entremeses.

La literatura mercantil se desarrolla, en fin, entre nosotros, y estamos ya muy lejos de aquellos tiempos en que se decia que

«solo la poesía es buena
hecha á moco de candil.»

Hoy nuestros vates necesitan para sus doradas inspiraciones tintero de plata y bujías de esperma, papel satinado y mullido sofá.

Hasta ahora, es verdad, la importancia metálica de esta profesion no ha llegado en España al alto grado que alcanza en los mercados estranjeros, y solamente el ramo teatral es el que ofrece ventajas á los que se dedican á cultivarle. Hé aquí la causa por que abundan los poetas dramáticos y escasean los historiadores y prosistas: la solucion del enigma está en que para las comedias hay empresarios y para los libros no; que aquellas se cotizan al contado como papel de nueva creacion, y estos entran en la categoría de deuda diferida y sin interes.

Todo lo que no sea, por lo tanto, hacer comedias, es lo mismo que no hacer nada: para la gloria, porque nadie lo lee; para el bolsillo, porque nadie lo compra. — El autor dramático recibe á lo menos su contingente mitad en laureles y mitad en pesos duros: el escritor de libros tiene que consolarse con apelar al juicio y aplauso de la posteridad. Verdad es que los libros que hoy corren no llegarán á ella, ó solo llegarán bajo la forma de cucuruchos.

Por lo demas, siempre es un consuelo tener una puerta abierta por donde entrar á lucir el ingenio; y cuando esta puerta es ancha y espaciosa como la Puerta Otomana, tanto mejor; porque conviene á saber que para ser hoy dia escritor dramático no se necesita gran dósis de invencion ni de filosofía, de observacion ni de estilo.—Se agarra una historia, y cuando en ella no se encuentra cuadro dramático, se suple lo que falta, se cuelga un crímen al mas pintado, y que chille el muerto; se dialoga un folletin ó se disuelve en coplas un fragmento, y que rabien y bostecen los vivos; se cuentan en quintillas y romances una conversacion de paseo, unos amores de entresuelo, y hágote comedia de costumbres; se pilla un carácter á Moreto, una situacion á Rojas y un enredo á Tirso, se rellena el hueco con el competente ripio, cosecha de casa, y allá va un drama filosófico ó caballeresco. Ultimamente (y es lo mas socorrido) se traduce un drama de Buchardi, ó una piececita de Scribe, se la esquila, trastrueca y muda el nombre como hacen los gitanos con las caballerías hurtadas, y hágote, acomodo y arreglo á la escena española. Por lo demas, objeto ni intencion moral ó política Dios los dé. — ¿Qué ha querido probar el autor con esta comedia? (preguntaba yo á un amigo al salir del teatro). — Yo le diré á V. (me contestó) ha querido probar que se pueden ganar cien doblones con una sandez, y lo peor es que lo ha conseguido.

Por fortuna, entre el destemplado clamoreo de este *ttuti* dramático, descuellan hasta una media docena de voces verdaderamente sonoras y apacibles que hacen olvidar el dicho coro infernal.

EPÍLOGO.

No concluiríamos nunca si hubiéramos de trazar uno por uno todos los tipos antiguos de nuestra sociedad, contraponiéndolos á los nacidos nuevamente por las alteraciones del siglo.—El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la forma;—el *palaciego* que antes adulaba á los reyes sirve hoy y adula á la plebe bajo el nombre de *tribuno*— el *devoto* se ha convertido en *humanitario*;—el *vago* y *calavera* en *faccioso* y *patriota*;—el *historiador* en *hombre de historia*;—el *mayorazgo* en *pretendiente*;—y el *chispero* y la *manola* en *ciudadanos libres* y *pueblo soberano*.—Andarán los tiempos, mudaránse las horas, y todos estos tipos, hoy flamantes, pasarán como los otros á ser añejos y retrógrados, y nuestros nietos nos pagarán con sendas carcajadas las pullas y chanzonetas que hoy regalamos á nuestros abuelos ¿Quién reirá el último?

El Curioso Parlante.

POESIAS FESTIVAS. (*Nota* 30)

EL POETA Y SU DAMA.

Aquel poeta inmortal
que en las alas del Pegaso,
caminando hácia el Parnaso
se paró en el hospital;
El que con la lira de oro
tuvo que comer pepinos,
por no vender los divinos
dones del luciente coro:
El que robaba las perlas
de la aurora al despertar,
sin poder nunca lograr
ni empeñarlas ni venderlas:
El que pasó el medio dia
con Horacio y con pan duro,
y en lugar de vino puro
bebió néctar y ambrosía;
A vos, del alma señora,
la ingrata, la desleal,
la que sentísteis su mal,
la que os burlais de él ahora,
Libre ya de sus dolores
llega este insigne poeta
de vuestra beldad perfeta
á mirar los resplandores.
Háganme trocar la poca
fortuna que en mí se siente
la plata de vuestra frente
y el coral de vuestra boca.
Que si son vuestros cabellos
de oro fino cual ninguno,
cándomelos uno á uno
me remediaré con ellos.
No es mi miseria tan rara
si vos me quereis querer,
que algo me puede valer
el marfil de vuestra cara.
Yo os haré á vos inmortal;
vos me dareis con que coma;
yo os haré verter aroma
por los lábios de coral.
Vos un hombre hareis de mí;
yo de vos hare una diosa,
si en ello venis gustosa
empecemos desde aquí.—
Así cantaba Liseno
con la lira destemplada
aun medio convaleciente
á la puerta de su dama
ella sus voces oia;
pero ya solo escuchaba
de otro amante los suspiros
aunque eran en prosa llana;
y es que iban acompañados
de diamantes y esmeraldas,
y esto les daba una fuerza
bastante á rendir cien almas.
Ella al oir al poeta
creia que rebuznaba,
y escuchar á Ciceron
pensó cuando el otro hablaba:
porque en materia de letras
está por las que se cambian,
y cansada de ser Diosa
quiere las cosas humanas;
hasta que ya decidida
abrió por fin la ventana
y al poeta desdichado
de aquesta suerte le habla.—
No pienses en persuadirme
hombre mas duro y cansado
que el pedernal recio y firme,
si no quieres aburrirme,
vuelve el son hácia otro lado.
Escuchen otros oidos
tus sempiternas canciones,
y te escuchen complacidos,
que yo no quiero mas ruidos
que el ruido de los doblones.
Ya no busco que mi amante
me ponderе su constancia
con un discurso elegante,
que como haya con-sonante
aunque falte consonancia.
Si es mi frente rica perla
y mi nariz plateada
no llegarás á obtenerla,
no sea que por venderla
me dejes desnarigada.
Déjame tu en paz á mí
pues en paz te dejo yo;
busca quien te diga sí;
y no pierdas tiempo aquí,
siempre oirás que no.—
Absorto de este lenguaje
el amante desdichado
á la cerrada ventana
se ha quedado contemplando;
hasta que volviendo en sí
tornó á marchar cabizbajo
camino del hospital
como quien va hácia el Parnaso.

NO SE SI ME ESPLICO.

LETRILLA.

De tantas grandezas,
honores, bellezas,
que rauda fortuna
eleva á la luna,
me rio ó me admiro,
y cuando las miro
bullir en el suelo,
alzarse hasta el cielo,
tornar á caer,
no sé contener
la risa en los lábios,
la charla en el pico...
¿Me entienden ustedes?
No sé si me esplico.
Mirad á don Fábio
echarla de sábio,
hablar de la guerra,
del mar, de la tierra,
de hacienda, de estado...
Pues solo ha estudiado
de Anarda á los pies;
verdad tambien es
que al darla su mano
un ministro indiano,
de cruces y honores
cargó aquel borrico.
No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.

En lindo carruaje,
con damas y paje
pasea en el Prado
un pobre empleado
del ramo del viento;
pero es un portento
de humana belleza,
y aquella destreza
de pies y garganta...
no hay duda que encanta
mirar á las viejas
cuando él abre el pico.
No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.
En calles y plazas
con hostiles trazas
blasona don Bruno
de heróico tribuno;
á todo gobierno
jura un ódio eterno,
y al pueblo alborota
con su *con su última gota...*.
Pues mírale luego
quedar mudo y ciego
al verse agraciado
con un empleico....
No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.
La vista en el suelo,
el alma en el cielo,
mirad á Narcisa
durante la misa,
que apenas alienta
segun está atenta
al próvido altar....
¿queréisme esplicar
por qué hácia este lado
su vista ha tornado
haciendo una seña
con el abanico?
No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.
Autor cuya fama
el público aclama,
tu genio pregona,
aplaude, corona
y eleva á compás....
¿por qué no dirás
que de esos concetos
agudos, discretos
que llenan tus hojas
á un muerto despojas
sin ser tuyo acaso
ni un mal villancico?
No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.
Hermano era Elías
de cien cofradías;
en la procesion
llevaba el pendon;
Tuvo el petitorio;
y del purgatorio
fue recaudador...
¡Dichoso señor!
la gracia que hallaba
tan bien aplicaba
que sirviendo al pobre
logró hacerse rico.
No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.
En triple alianza
Bermudo y Constanza,
matrimonio fiel,
viven con Fidel;
y al primer infante
se ofrece al instante
á ser el padrino...
¡La fuerza del sino!
Hay quien asegura
que caricatura
es del don Fidel
el rostro del chico.
No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.
Mas ¿qué me da á mí
que el mundo ande así?
¿No valiera mas
bailar al compas?
A fé que la danza
no es cosa de chanza,
que hay gracias, honores,
damiles favores,
que á todos halagan
y á nadie empalagan;
y si alguien, señores,
retuerce el hocico
ó ustedes no entienden,
ó yo no me esplico.

UNA BELDAD PARISIENSE.

En la plaza de la Bolsa,
de la tarde entre una y dos,
salon de públicas ventas
del comisario á la voz;
una de aquestas figuras
que de retórica son,
hipérboles por su adorno,
síncopes por su valor;
en banquillo de justicia
y pública esposicion,
se resigna á la sentencia
que ha publicado el prevost.—
«En la villa de París
» y en el año del Señor
» mil ochocientos cuarenta,
» se ha presentado ante nos
» *Mademoiselle Heloisse*
» *de Sans-devant et Sans-dos,*
» hija de padres anónimos,
» natural de *côte d'Or;*
» y vista la insuficiencia
» en que el tribunal la halló,
» para pagar sus empeños
» con el concurso acreedor,
» el tribunal la declara
» insolvente y ordenó
» que reunida la junta,
» y prévia declaracion,
» se proceda al inventario
» de los restos de valor
» para entregar á sus dueños
» por via de transaccion.»

Empieza la diligencia,
á la una á las dos,
á las tres, y el martinete
á este tiempo resonó.

—Un schal dicho de las Indias
y en el hecho de Lyon,
que ha reclamado en su tiempo
Monsieur *Gagelin mayor.*—
Un albornoz africano
con patente de invencion,
que falto de pagamento
reclama la *Barbe d'Or.*—
Un sombrero *fantasía*
y un vestido *satin gros*
que á madama *Alejandrina*

deben la tela y *façon*.—
Gruesas perlas de Ceylan
en figura y en color,
un camafeo egipciaco
premiado en la esposicion;
peines de concha... de ciervo
dijes marfil... de *mouton*,
y otras diversas preseas
de tan sólido valor,
adjudícanse á su dueño
el joyero *Bourguiñon*.—
Diez encajes de Bruselas
tejidos en *Charenton*;
ricas camisas de Holanda
con la marca de *Cretonne*;
abanicos de la China,
obra de Monsieur *Giraud*;
pieles de marta y armiño
cazados en *Montfaucon*;
indianas pañolerías
de la fábrica de *Seaux*;
aderezos de oro-simil,
sederías de algodon,
y anascotes con el nombre
de *merinos* español,
con otros muchos objetos
de equívoca produccion,
que forman el mobiliario
de Mademoiselle *Sans-dos*,—
Entréganse y adjudican
al respectivo acreedor.—
Si hubiere quien mas reclame,
que se presente ante nos.—

—Yo reclamo de madama
(saltó á este punto una voz)
el zapato de dos metros
brodequin de pied mignon.—
El *forniseur* de la opera
reclama *les mollets faux*
(en español pantorrillas)
con seis libras de algodon.—
Guantes pide Monsieur *Mayer*,
y pellizas *Pellevrault*;
falsas flores *Constantino*,
rasos bordados *Chaprón*;—
Mademoiselle *Victorine*
pide el corse *juste-corps*
con mas hierro en la armadura
que la del Cid campeador.—
—La *tournure* voluptuosa
que á tanto necio embaucó,
obra es de mi *crinolina*
replica Monsieur *Oudinot*.—
El director del Gimnasio,
el coronel *Amorós*
reclama de aquellos miembros
la ortopédica instruccion,
item mas; diez almohadillas
que oportunas colocó
para llenar diez vacíos
que no negára Newton.
—Esos dientes no son suyos,
esclama *Desirabode*
que se los he colocado
con mis propias manos yo.—
—Pido á mi vez (dijo entonces
el perfumista *Desfaux*),
cuatro libras semanales
de blanquete y bermellon,
espuma de Vénus, parches
y esencias de coliflor,
y *¡el prodigio de la química*
la pomada del Leon!
Ademas, traigo una nota
de bucles, trenza y *bandeaux*
que dice haberla fiado
el *segundo Michalon* (*).—
Llegamos á los cabellos,
y la dama se acabó
¿hay quien pida mas? (pregunta
el juez adjudicador).—
Sí señor (responde al punto
una hermafrodita voz,
con su cigarro en la boca
y abanico en el bolson).
Yo reclamo las ideas
que esa dama prohijó,
y son de una cierta *Lelia*
de que soy madre y autor.
—Vayan tambien las ideas
y hasta el metal de la voz,
que creo le han reclamado
la *Dorus-Gras* ó la *Nau*.—
Solo queda el esqueleto...
—Ese le reclamo yo,
dijo el español *Orfila*
para hacer la diseccion.—
De esta atmósfera mentida,
en donde no es dia el sol,
donde la verdad se viste
para parecer mejor;
donde lo blanco no es blanco,
donde el cuerpo es ilusion,
donde el alma una mentira,
y la palabra un error;
donde el engaño preside,
y reina tan solo el *yo*;
donde el que no es instrumento
por fuerza es contradiccion;
donde obliga el *s'il vous plait*
para mandaros mejor;
donde el interes os pisa,
y luego os dice *pardon*;
donde el amor va sin venda
delante del amador,
y con billetes de banco
hace su declaracion;
donde la fachada es todo,
donde nada el interior,
donde reina la cabeza
y obedece el corazon;
cuántas y cuantas bellezas,
cuántos autores de pro,
cuántas famas prestameras,
cuánto heroismo ficcion,
en la plaza de la Bolsa
de la tarde entre una y dos,
salon de públicas ventas
ante el concurso acreedor,
en míseros esqueletos
trasformados á su voz
para hacer la anatomía
reclamára otro español. (París 1841.)

(*) Michalon II hijo y sucesor de Michalon I, etc.

LA CARGA CONCEJIL.

ESCRITO EN EL ALBUM DE UNA SEÑORA (1846).

Romance.

A un escritor cabildero
que hoy no puede *escritorear*
perdona, amable señora
que firme deprisa y mal.
Sí, que van á dar las dos,
y hay que vestirse y trotar,
pues ya suena en mis oidos
la campana comunal.

La campana concejil
que me llama á *concejar*
de la coronada villa
en sala consistorial.
Allí me esperan muy sérios
cuarenta consortes mas
para hacer, juntos conmigo,
la comun felicidad.
Allí, en banco carmesí
y elevado el espaldar,
haciendo como el que piensa,
(y pensando en no hacer mas)
Tengo que pasar tres horas
entre las *piedras* y el *pan*,
entre *basura* y *limpieza*,
entre el *aceite* y el *gas*.
Allí catorce abogados
que tienden el paño ya,
á propósito del riego
nos citan el Alcorán.
Allí ocho ó diez candidatos
que ensayan el *candidar*,
entonan el *quousque tandem*
porque un cuarto subió el pan.
Allí otros varios comparsas,
cuando hubieren de votar,
por no alzarse del asiento
reprobaran el misal.
Allí hay *interpelaciones*,
y *bills* de *indemnidad*,
y discursos *sobre el fondo*,
y *para rectificar*;
Y *alusiones personales*,
y *votacion nominal*,
y *escrutinios embolados*,
y *voto particular*;
Todo, en fin, el aparato
escénico, y algo mas,
del *sublime mecanismo*
parlo-constitucional.
Ahora bien, si este buen rato
me espera en llegando allá,
si este chaparron de ciencia
va sobre mí á descargar,
¿Cómo pretendeis, señora
que espere un minuto mas,
sin ir á beber el chorro
de tan próvido raudal?
Perdona, mas no es posible,
y la razon me darás
al saber que en aquel *tutti*
suelo á veces alternar.
Yo, que canté siempre solo
tengo ahora que acompañar,
y parlar con rostro feo,
que es lo que me asusta mas.
Hasta que al fin de mi empeño
entone el *rondó final*
y me vuelva á mi luneta
para reir y silbar.
Entonces... pero callemos
que ahora tocan á observar;
luego vendrá la *parlancia*
tras de la *curiosidad*.

(1847.)

CUENTOS.

Un salteador escaló,
con gran trabajo una altura,
y luego que se asegura
la escala al suelo arrojó;
ella sus quejas le dió
por el pago ingrato y fiero,
y el ladron dijo «Grosero
»instrumento ¿qué creiste?
»para subir me serviste,
»para bajar no te quiero.»—
Lo mismo los otros son;
desde abajo ¡qué humillados!
y en viéndose encaramados
desprecian el escalon.

—

Dos gatos se concertaron
para robar un capon
y en la mas perfecta union
sus deseos realizaron;
sacándole pues entero,
ni uno ni otro le soltaba,
pues cada cual intentaba
burlarse del compañero.
Primero graves razones,
despues terribles maidos
luego hubo fieros bufidos,
por fin, sendos arañones;
hasta que entre horrendo grito
se trabó la lucha fiera,
mientras que la cocinera
cobró el cuerpo del delito.
Cansáronse de cuestion
y en repartir convinieron
mas fue despues que perdieron
su industria, sangre y capon.
No haya intriga y falsedad
mas vale un buen acomodo,
que suele perderse el todo
por no ceder la mitad.

EPIGRAMAS.

1.°

Retratábase Narcisa
y así le hablaba al pintor;
«ponedme hermoso color
blanca tez, boca de risa;
Los ojos negros... á ver
¿de veras, soy así yo?»
y el pintor la dijo, —«no
así es como quereis ser.»

2.°

«No hay que dudar; está yerto,
ya espiró» —Dijo el doctor;
y el enfermo —«No señor
le contestó; no estoy muerto.»
El médico que lo oyó,
mirándole con desprecio
le replicó —«Calle el necio
querrá saber mas que yo?»

3.°

Rica peineta compró
á su mujer Sinforoso
y ella, que lo agradeció
la cabeza de su esposo
tambien al uso adornó.

4.°

Con cortesía y cumplido
fuera de lo regular
llegóme hoy á saludar
don Ginés, el presumido;
chocóme tanta atencion
y ya se lo iba á decir,
cuando me empezó á pedir
para comer un doblon.

5.°

¿Preguntas qué libros leo?
y yo te respondo, Blas,
que son dos, y nada mas
los que llenan mi deseo.

Tengo la Biblia divina
para salud eternal,
y en cuanto la temporal
leo el Arte de cocina.

6.°

Díjele á un ciego — ¿Qué tal
va de la vista? — «Peor;
pero me ha dicho el doctor
que ya voy viendo tal cual.»

7.°

Tu papel, caro Longino
es un maldito papel —
¿No es florete superfino?
¿qué tiene malo? —Longino
lo que has impreso tú en él.

8.°

Tomó *Leroy* don Liborio
y le tomó con tal celo
que se marchó limpio al cielo
pasando aquí el Purgatorio.

9.°

Lunes traduje á Molier,
martes un drama italiano,
y el miércoles, al hispano
Tirso intenté componer.
Jueves di un sainete gringo,
viernes, *pieza original*,
sábado... venga el jornal
para comer el domingo.

LOS MISTERIOS DE MADRID.

ROMANCE.

¿Que haga yo *misterios* Claudio?
¿y que me heche á discurrir
Rodolfos, *Flor de María*,
Dómines y Tortilis;
Lechuzas mancas de un ojo,
Ferrantes y San Remís,
Esqueletos, *Calabazas*,
Rigoletas y Churis?
¿Aconséjasme que osado
los eche luego á reñir
orillas del Manzanares
á la usanza de Madrid,
con sombrero de calaña
y vestido de alepí,
de sarga rica mantilla
y sortija al corbatin?
¿O subiendo á los salones
(traducidos de París)
pinte duques, baronesas,
bandas, placas y espadin,
con intrigas, duelos, deudas,
y otros primores así
de la *buena sociedad*,
buena... vamos al decir?
¿Dícesme, que si no alcanzo
con mi escuálido magin,
pida luego á Eugenio Sue
que me envie de París
una caja de colores
y una remesa de *esprit*,
con su recetita al canto
muy fácil de traducir?
¿Háblasme de veras, Claudio?
¿y me juzgas ¡ay de mí!
del *pecus imitatores*
en el inmenso redil,
que de los cisnes del Sena
repite en son baladí
los cantos y aun los graznidos,
á guisa de folletin?
¿No hice ya la penitencia
en diez años que escribí
en el habla de Cervantes,
sin su donaire gentil,
(antes con débil paleta
escasa de oro y carmin)
cien *Escenas Matritenses*
naturales de Madrid?
¿Por fuerza han de ser *misterios*?
¿y yo los he de fingir?
¿porque se escriben en Londres
y se imitan en Pekin?
¿porque allí nada se sabe
ó todo se ignora aquí?
¿porque hay en París *Misterios*
los ha de haber en Madrid?
Confiésome Claudio un porro
mas soso que el peregil;
digo que soy un zoquete;
y lo creerás así,
cuando te afirme (perdona
esta franqueza infantil)
que si los hay, no los veo,
ó no lo son para mí.
¿Es misterio por ventura
que merezca discurrir,
la triple y santa alianza
de Blas, Narcisa y don Gil,
marido, mujer y amante,
círculo eterno y sin fin,
drama sin mas peripécias
que sociedad mercantil?
¿O hallarás *no comprendida*
á la viuda de Fermin,
que hoy amanece con uno
y mañana con diez mil;
y asomada á la ventana,
cual pintado colorin,
canta por todos los tonos
«*si quereis flores, aquí*?»
Dícesme que es un *misterio*
el carruaje de Crispin,
que ayer iba á la trasera
y hoy dentro del tilburí.
—Pero tú tan solo ignoras,
cuando lo dices así,
que *su* coche no es *su* coche,
sino del maestro Martin.
Admíraste de que Luisa,
la que vive enfrente á tí
gaste blondas y diamantes,
terciopelos y organdís...
—Mírala, Claudio, los ojos,
y calcularás así
que el capital de aquel censo
no es fácil de redimir.—
¿Y los ojos de don Braulio,
tienen tal encanto, dí,
para fundar capitales
sobre el ageno monís?
—Es verdad, no tiene bolsa;
mas para eso la hay allí,
para los largos de ingenio,
bajada de San Martin.
De Anselmo la bizarría
con que por bien del pais
le presta al gobierno ciento
para luego cobrar mil,
¿tiene algo de misteriosa?
pues yo mismo se lo oí,
y lo cuenta como gracia
muy conforme de aplaudir.
¿Y el patriotismo de Fabio
es *misterio* para tí?

miope será el que no vea
de sus principios el fin.
Préstale tu voto, Claudio,
y su carga concejil

verás tornarla en estribo
para subir sobre tí.
Misterio podrás creer
de Nuño el estro sutil,

infusa adivinacion,
ciencia espontánea y feliz...
¡Qué lástima, Claudio amigo,
que no sepas traducir,
hallarias que su ingenio
es original de Scrib!
—¿Que de qué vive don Judas?
¿y ves tú un misterio aquí?
pregunta á sus acreedores
que te lo sabrán decir.
Vive de comer caseros,
sastres, viejas, y otros mil
en que supo hallar filones
mas ricos que el Potosí.
Esta clase de *Misterios*
tan públicos ya en Madrid,
son, Claudio, los que yo veo
y que todos ven por mí.
No conjures á mi pluma,
poco próvida en fingir,
á que quiera hacer misterio
de lo que no lo es aquí.

LA CUARESMA (1828).

Con alegre carnaval
empezaba la semana
mas la tétrica campana
ha mudado ya de son.
Kirie eleyson Criste eleyson.

Con ayunos y abstinencias
y de bulas una resma
se presenta la cuaresma
mas larga que procesion.
Kirie eleyson Criste eleyson.

Todo calla y enmudece
y el silencio de la gente
se interrumpe solamente
de la campana al din don.
Kirie eleyson Criste eleyson.

Ya con sendos abadejos
para acallar su conciencia
hacen todos penitencia
y los frailes con salmon.
Kirie eleyson Criste eleyson.

Cesan ya las diversiones
públicas y toleradas
solamente las privadas.
suelen tener ocasion.
Kirie eleyson Criste eleyson.

Don Juan se va al miserere
y su esposa la Currita
con don Melífluo solita
se queda en contemplacion.
Kirie eleyson Criste eleyson.

En la tertulia de Anselmo
callan violin y piano,
por no hacer ruido liviano
se toca solo el bordon.
Kirie eleyson Criste eleyson.

No cita ya la Pepita
á don Narciso en el Prado
que como es tiempo sagrado
se buscan en el sermon.
Kirie eleyson Criste eleyson.

Juana la del cuarto bajo
se encuentra siempre ocupada,
que en la cuaresma sagrada
es grande la devocion.
Kirie eleyson Criste eleyson.

La concurrencia en la iglesia
ofrece á la industria vuelos,
la comision de pañuelos
va detras de la mision
Kirie eleyson Criste eleyson.

Los lechuguinos en grupo
al salir de misereres
á las devotas mujeres,
dirijen la tentacion.
Kirie eleyson Criste eleyson.

En este mes todos callan
ninguno á pecar se atreve
mas por milagro á los nueve
se aumenta la poblacion
Kirie eleyson Criste eleyson.

Hombre hay cristiano maduro
que nunca perdió una misa
que se da á pecar gran prisa
para ir por la absolucion.
Kirie eleyson Criste eleyson.

(1828.)

EL INDEPENDIENTE.

Yo soy el hombre feliz
que con un tranquilo gozo,
mi independencia proclamo
á la faz del mundo todo.
No tengo, males ni penas,
ni enemigos ni patronos,
ni chicos que me dén quejas,
ni grandes que me dén oro
Ni parientes que me pidan,
ni esperanza de mortuorios,
ni deuda que me desvele,
ni litigo bienes de otros.
Tengo los que á mi deseo
le bastan para su colmo,
y los tengo bien tenidos
por derechos patrio y propio.
No me ha obligado á escribir
la *sacra fames* del oro,
sino un tintero maldito
que no sabe criar moho.
No cuento entre mis vecinos,
ni entusiastas ni celosos;
soy conocido de muchos,
mas son mis amigos pocos.
No frecuento los salones
del magnate poderoso,
ni obligo á que en mi antesala
aguarden humildes otros.
No recibo del poder
participacion ni voto,
y de la tesorería
hasta hoy el camino ignoro.
No me obligan compromisos
á la opinion de los otros;
tengo y sostengo la mia,
pero la sostengo solo.
De los farsantes políticos
no sé los planes recónditos
ni en los periódicos leo
sus artículos de fondo.
Doy por buena su doctrina
y argumentos hiperbólicos
pero yo guardo la mia
para mi servicio propio.
No me envenena la bilis
el mirar á mas de un tonto
gobernando una provincia,
ó en Madrid nadando en oro.
Nunca interrumpe mi sueño
de un ministro el ceño torvo,
y si le encuentro en la calle
hago que no le conozco.
Todos fueron mis amigos
y mis compañeros todos,
yo me quedé en la luneta,
ellos saltaron al foro.
No les envidio el papel
porque pienso que es mas cómodo
ser espectador con muchos,
que espectáculo de todos.
No sé por dónde se va
á los favores del trono,
ni en mi modesto vestido
brillan la plata ni el oro.
Las veneras y entorchados
de que andan cargados otros,
me parecen propias de ellos
como de mí... mis anteojos.
Soy en fin, independiente,
de hecho y tambien de propósito,
sin compromisos agenos,
y hasta sin deseos propios.
Pero en medio de esta dicha
que me hiciera vivir horro,
no sé qué *sino* infeliz
me hace depender de todos.
No hay junta ni sociedad,
que no me honre con su voto
para trabajar de balde
en los públicos negocios.
Se instalan cuatro vecinos
honrados y filantrópicos
para fundar una escuela,
ó una caja de socorros,
Pues me nombran secretario
sin sueldo, pero con voto,
y me envian los papeles
para hacer los monitorios.
Se trata de algun proyecto
de asociacion, de periódico,
de mejora material,
de instituto filantrópico;
«Estienda V., don Ramon,
ese informito de á folio
ó forme V. el reglamento

que han de discutir los socios.»
No hay un cargo concejil
para el que no me hallen propio,
ni espediente de comun
que no venga á mi escritorio:
No hay reunion literaria
que no me cuente por socio,
no hay duro que no me pidan,
ni trabajo que no tomo.
Usufructuario de nada
soy honorario de todo,
figuro en cartas de pago
nunca en nóminas de cobro.
«Usted que está tan holgado,
me dice don Celedonio,
¿quiere usted ser mi hombre bueno
para un juicio de despojo?»
«Usted que es tan complaciente
tan servicial y tan probo
sea usted tutor albacea,
de este, de aquel ó del otro.» —
No hay autor que no me lea
sus manuscritos narcóticos,
ni periódico valdio
que no cuente con mi apoyo.
Ni *album* de otro y otro sexo
que no me demande un trovo,
ni litigante hablador
que no me emboque el negocio.
Huyendo el ser publicista
soy público de los otros,
y para no ser electo
tengo que darles mi voto.
A trueque de este derecho
imprescriptible, sonoro,
y en pago al servicio ageno
y en pena de bienes propios,
Recibo de la intendencia
los apremios amorosos
trimestrales, pagaderos
á la órden del tesoro.
Con esta vida que digo
con este afan infructuoso,
todos me tienen envidia
yo me compadezco solo.
Hay quien me cree discreto
otros me juzgan un porro;
unos dicen, «*¡que buen hombre!*»
otros responden «*¡que tonto!*»

(1849.)

El Curioso Parlante.

FIN DEL APÉNDICE.

NOTAS.

PRIMERA ÉPOCA.

Nota 1.ª

Las costumbres de Madrid.—Este artículo y los demas que siguen hasta el de *El Campo Santo* inclusive, fueron escritos por el autor y publicados durante el año de 1832, en la única revista literaria y periódica que aparecia á la sazon, y era la titulada *Cartas Españolas*. Dirigia esta publicacion el ameno y conocido literato *D. José María de Carnerero*, hoy difunto, el cual por su posicion y relaciones en la córte, pudo obtener del celoso y suspicaz gobierno de aquella época el privilegio especial de publicar un periódico literario. —En él se encargaron de un género de escritos absolutamente nuevo en nuestro pais el señor don Serafin E. Calderon (*el Solitario*) y *el Curioso Parlante*; aquel en sus bellísimos cuadros ó *Escenas de Andalucía*, y este con los que llevan por título *Escenas Matritenses*.—Ambas obras, reimpresas despues por separado, alcanzan hoy mucha popularidad, y la presente edicion es la quinta de las *Matritenses*.—Pues ahora bien; como dato curiosísimo de la época á que se refieren, baste decir aquí que el periódico ó revista en que se publicaron ambas por primera vez, alternadas ademas con otros muchos artículos sérios y festivos de ciencias, literatura y artes, por los colaboradores á dicho periódico, solo llegó á alcanzar el número de 500 suscritores; y eso que era la única publicacion literaria periódica de la época, y con el *Correo Mercantil*, propiedad del señor Jimenez Haro, tenia el privilegio esclusivo de hablar en letras de molde á los aficionados á la literatura.

A pesar de tan marcada indiferencia de parte del público, y luchando ademas con los inconvenientes de una censura no la mas ilustrada, los autores de las Escenas Andaluzas y de las *Matritenses*, jóvenes ambos, ambos estudiosos y entusiastas por las cosas patrias, no retrocedieron en la tarea que se habian voluntariamente impuesto, y con la mayor espontaneidad, sin interes alguno, y aun sin la natural satisfaccion de ser leidos, prosiguieron alternando en sus cuadros respectivos, con una constancia que no deja de ser laudable.

Desgraciadamente solos, ó casi solos, en el palenque literario, á causa de la ausencia ó silencio de los buenos escritores, consiguieron al fin con sus festivos y originales escritos, despertar algun tanto al público de entonces de su completa indiferencia, y estimular á otros jóvenes tambien, é ingenios privilegiados, á lanzarse á la palestra en que tantos lauros les esperaban. — Entre ellos descolló el malogrado *Fígaro* (don Mariano J. de Larra) que animado por ambos y sin sombra alguna de miserables rivalidades, emprendió por aquel entonces la publicacion de sus preciosas *Cartas de un pobrecito hablador*.—Háse dicho despues por algunos críticos un tanto ligeros, y en son de alabanza de *El Curioso Parlante*, que era «el mas feliz de los imitadores de Fígaro.»—Mucho honraria al autor de las *Escenas Matritenses* semejante comparacion, si la verdad del hecho no fuese que precedió á aquel en la tarea, y por consecuencia mal podia imitar quien llevaba en el órden del tiempo la delantera. Así lo confiesa el mismo *Fígaro* en la primera edicion de sus artículos, escritos cuando ya se habian publicado gran parte de los del *Curioso Parlante*. Ademas, como cada uno dió diferente giro y tendencia á sus escritos, no parece que existen términos de comparacion. El intento constante del ingenioso y discreto *Fígaro* fue (con cortas escepciones) la sátira política, la censura ó retrato apasionado de los hombres de la época: el *Curioso Parlante* se proponia otra mision mas modesta y tranquila, cual era la de pintar con risueños, si bien pálidos colores, la sociedad privada, tranquila y bonancible, los ridículos comunes, el bosquejo, en fin, del hombre en general. Tal igualmente era el objeto del filosófico autor de las *Escenas Andaluzas*, el erudito y castizo *Solitario*; y ambos miraron sin asomos de celos ni pujos de rivalidad, en las manos de su amigo y compañero *Fígaro*, la merecida palma de la sátira política, en la que es preciso confesar que ni antes ni despues ha tenido entre nosotros digno rival, ni aun siquiera afortunados imitadores.

Si de alguno lo fue Larra, no fue de otro que del ingenioso é incisivo *Pablo Luis Courrier*, que por los años anteriores habia hecho cruda guerra al gobierno frances de la Restauracion; pero apropiando su amarga sátira y su finísima observacion á nuestro pais y á sus circunstancias políticas, muy pronto llegó á abrirse un camino propio y á volar en alas de su alto ingenio hasta una altura superior.—*El Curioso Parlante* confiesa tambien que al empezar su tarea se propuso modelos en un género en que se le ofrecian varios que imitar.—*Adisson*, en Inglaterra, habia, puede decirse, creado este género de escritos, á mediados del pasado siglo en *The Espectator*.—*Jouy*, en Francia, los habia hecho aun mas ligeros, mas dramáticos y animados á principios del actual en *L' Hermite de la Chausseé d'Antin*. — Entre nosotros, aunque la pintura festiva de las costumbres habia sido hecha, y admirablemente hecha, en los siglos XVI y XVII por tales ingenios como Cervantes, Quevedo, Velez de Guevara y Fernando de Rojas, sin embargo, ni el Quijote y las Novelas del primero, ni la Tragicomedia del último, ni los Sueños de Quevedo, ni el Diablo Cojuelo de Guevara, podian para este caso ser otra cosa que admirables modelos de estilo, pero no de forma, siendo estos como eran escelentes novelas, libros ingeniosos en que se despliega una complicada accion; y aquellos haber de reducirse á ligeros bosquejos, cuadros *de caballete* para encontrar colocacion en la parte amena de un periódico.—Sin embargo, el autor no puede menos de reconocer que, si algun aprecio ha merecido en sus festivos escritos, lo debe indudablemente á su estudio de aquellos grandes modelos, y que siguiéndoles encantado por la mágia de su estilo y por la filosofía de su pensamiento, se olvidó muy pronto de Adisson, Jouy y demas estranjeros, y procuró buscar en los propios algunos de los ricos matices de su admirable paleta, prefiriendo ser mal imitador de Cervantes y Quevedo á triunfar sobre *Jouy*, *Etienne* y *Balzac*. — *El Solitario* en sus preciosas *Escenas Andaluzas*, pensó sin duda del mismo modo, y sin duda tambien ayudado por su gran talento, esquisita erudicion y rica fantasía, ha alcanzado puntos mas cercanos de comparacion con nuestros célebres hablistas en *Pulpete* y *Balbeja*, *La Rifa*, *Egas el escudero*, *La niña en la feria*, y otros encantadores cuadros de la vida de Andalucía; el *Curioso Parlante* se contenta con haber consignado (aunque sin alcanzarle) el mismo propósito, en *Madre Claudia*, *El Recien-venido*, *Los románticos*, *Las sillas del Prado*, *El dia de Toros*, y *El entierro de la Sardina*.

Nota 2.ª

El Retrato.—Leyendo hoy el autor este artículo, escrito hace cerca de 20 años, no puede menos de sonreir al observar el empeño que en su primera edad juvenil parece que formaba en aparecer viejo ante sus lectores, y al mismo tiempo que en los últimos artículos de esta obrita, escritos algunos años despues y en su edad madura, lucha y se esfuerza por dar á sus cuadros la frescura y colorido de la juventud. —Achaque es este natural y propio de los escritores de costumbres, que anhelando siempre proceder por comparacion con épocas anteriores, van á buscarlas, cuando muchachos, á las sociedades que no alcanzaron, y despues cuando ya maduros, á las que formaban sus delicias en los tiempos de su risueña juventud.—Por lo demas esta historia de un retrato, no es propiamente tal, sino en cuanto está fundada en datos ciertos unos, calculados otros, y esparcidos en diversos casos, aunque fundados todos en las debilidades propias de nuestra humana condicion.—En este artículo, como en otros muchos de esta obrita, quisiéronse entonces buscar originales determinados, pero luego los que tal pensaban, hubieron de desengañarse de que no fue ni pudo ser la intencion del autor mas que la de alcanzar en su pintura imaginada todo el grado de ve-

rosimilitud posible: y así hubo de creerlo entre otros el difunto Comisario de Cruzada señor Varela, que deseando conocerle para felicitarle por este artículo, se le hizo presentar por un amigo, y con la sonrisa en los lábios le manifestó que destinaba á la Academia de San Fernando el retrato suyo pintado recientemente — «porque (añadió con mucha gracia) aunque el mérito del pincel de Lopez »me asegura contra las ferias, no quisiera morirme con »el escozor que me ha producido su artículo de V.»

Nota 3.ª

La Empleomanía.—De todos los artículos que forman la série de esta revista de costumbres, este es el que menos ha envejecido por su argumento. Al contrario, la enfermedad endémica que en él se combate, ha crecido con las revoluciones políticas en proporciones tan asombrosas, que el autor de las Escenas encuentra hoy estremadamente pálidos los colores que empleó entonces para pintarla.—No lo parecieron, sin embargo, tales en aquella época al censor del periódico el Rmo. P. maestro fray Miguel Huerta, Vicario general de San Agustin y predicador afamado, de quien por otro lado no tiene el autor motivo alguno de queja, antes bien de agradecimiento por su tolerancia, ilustracion y deferencia.—En este artículo, sin embargo, creyó ver demasiadas alusiones á las intrigas cortesanas, y suprimió párrafos y episodios que lo dejaron aun mas descolorido. Si el autor los hubiera conservado, procuraria colocarlos de nuevo en su lugar propio, marcándolos bien para que fueran testimonio fehaciente de la miseria de la época, de la suspicacia y meticulosidad que infundia hasta en los hombres mas ilustrados y tolerantes, como el R. P. Huerta.—En defensa personal de este respetable religioso, arrastrado despues en las revueltas políticas á los bandos militantes, y cuya existencia ó paradero ignora, debe el autor decir que, así en esta como en alguna otra ocasion en que creyó oportunas alguna correccion ó supre-

amanecer.—Representando este trozo del paseo y entrada de la calle de Alcalá posee un precioso cuadro contemporáneo el Escelentísimo señor don José de Salamanca, que parece ser de Velazquez, ó alguno de sus imitadores. Los detalles en el aspecto de dicha calle y paseo en aquella época, los grupos, trajes, coches ó carrozas y sillas, entre ellas la de los reyes, escoltada por alabarderos, y el armonioso conjunto, en fin, de este precioso cuadro, le hacen sumamente interesante para el conocimiento de aquella época.

Por el lado izquierdo de Recoletos, seguian las huertas y palacio del célebre Almirante Enriquez de Cabrera, cedidos despues por él para ser convertidos en convento de San Pascual; la del conde de Bornos hoy de Medina de las Torres, y otra que hoy es de las Salesas; y por la derecha la del conde de Montealegre, la de Recoletos, etc.; pero ni en este trozo ni en el que media desde la puerta al convento de Atocha habia alamedas, ni mas adorno en este último que la hermita de San Blas sobre el cerro pelado que hoy lleva su nombre.

Nota 5.ª

Las Casas por dentro.—Desde que se escribió este artículo en 1832, hasta el dia, ha cambiado de tal modo el caserío de la capital á consecuencia del sinnúmero de construcciones nuevas y la reforma de las antiguas, que ya afortunadamente puede decirse que carece en general de exactitud aquella pintura que entonces tenia toda la que exige la verdad.—La reconstruccion de Madrid puede decirse que habia empezado sin embargo lentamente en 1815, despues de restablecida la paz general; y aprovechando el interes individual los beneficios de esta, y hasta los mismos destrozos y demoliciones llevadas á cabo por el gobierno intruso, empezó á dar este giro á los capitales, y á despertar en los habitantes de Madrid mayores exigencias de comodidad y de buen gusto. Por desgracia este no hacia, puede decirse, mas

costumbra-
illas, á las
s de toda la
alar el gra-
nces se da-
nos la casa
d, que hizo
iro Antonio
n plus ultra

n, constru-
8 en 1817;—
en 1821;—
as notables
s ocho que
a Catalina,
onjas, entre
Estas por lo
uccion, tie-

Sociedad de
ue reinaron
avorecieron
ciendo pro-
, 56 casas;—
en 1828;—
en 1832 y 73
uando se le-
la plaza de
s otras casas
cipe, Atocha
las, empero,
habitaciones
interior.—A
del artículo

erte de Fer-
los cuantio-
yor parte de
oncentrados

pedro de Medina en su obra titulada *Grandezas de España*, quedan otros muchos documentos escritos para formar idea de lo que pudo ser en los tiempos de la Casa de Austria el estendido término convertido á la voz del gran Cárlos III, y por la influencia de su ilustrado ministro el conde de Aranda, en uno de los paseos mas bellos de Europa.—Pero nada hace concebir un juicio mas exacto de aquel primitivo estado, que la representacion material de dicho paseo antiguo que se halla en el gran *Plano de Madrid de* 1656, en que está minuciosamente detallado, como todo el caserío de la Villa en perspectiva caballera. — En él se ven tres alamedas formadas por dobles filas de árboles desde la calle de Alcalá hasta la puerta de Atocha por el lado de San Fermin. El barranco que corria por toda la línea del Prado (y que aun hemos conocido sin cubrir en el trozo de Recoletos) se hallaba poco mas ó menos por donde ahora el paseo de coches; y sobre las alturas cercanas al Retiro estaba el *juego de pelota*, habiendo tenido la Villa que desmontar parte de dicha altura considerablemente hácia San Gerónimo para proporcionar fácil acceso al nuevo sitio del *Buen-Retiro*. Próximamente adonde está ahora la fuente de Neptuno habia una torrecilla, y una mezquina fuente llamada de el *Caño Dorado*; y en ambos lados donde ahora están el Botánico, el Museo, el Tívoli, y la Platería de Martinez, etc., habia huertas cercadas de tapias. Estas continuaban con las de los duques de Medinasidonia (hoy de Medinaceli), y su palacio que es el mismo que existe; luego la casa y jardin de los duques de Maqueda (donde hoy está el Palacio de los de Villahermosa), la del conde de Monterrey (donde hoy la iglesia de San Fermin), y la de don Luis Mendez Carrion (que hoy es la del señor marques de Alcañices.—En estos tres jardines reunidos fue donde el Conde-duque de Olivares dió á los reyes la famosa fiesta que describe Pellicer la noche de San Juan de 1631, en que se representaron dos comedias una de Lope, y otra de Quevedo y de Hurtado de Mendoza; y hubo ademas bailes, músicas, cena y enramadas, y luego *rua* por el paseo hasta el

dos á las habitaciones del Barquillo y Mara
escaleras de la Plaza, á los inmundos portal
poblacion.—Como punto de partida para se
do de comodidad y aparato con que por ent
ban por satisfechos los madrileños, citare
de la calle del Cármen esquina á la de la Sal
construir hácia 1846 el escribano don Casim
Gomez, y que entonces fue mirada como el *n*
de la ostentacion.

Siguió en este sentido la nueva fabricacio
yéndose en 1815, 13 casas;—37 en 1816;—2
55 en 1818;—37 en 1819;—42 en 1820;—2
42 en 1822 y 22 en 1823.—Entre estas las
por su importancia y regularidad fueron l
forman manzana conocidas por las de *San*
sobre el sitio donde estuvo el convento de
la Carrera de San Gerónimo y del Prado.
menos, cuando no lujo y elegancia de const
nen cierta regularidad y desahogo.

La creacion en 1822 de la importantísima
Seguros, y la estabilidad y órden material
en la última década del reinado anterior,
singularmente la construccion, que fue cr
porcionalmente en estos términos: en 1824
41 en 1825;—44 en 1826;—51 en 1827;—5
48 en 1829;—48 en 1830;—87 en 1831;—82
hasta octubre de 1833.—En esta época fue
vantaron las calles nuevas á la izquierda d
Oriente, la acera de la de Santiago y mucha
en las del Leon, Fuencarral, Hortaleza, Pri
Caballero de Gracia y Plaza Mayor. Todas e
son construcciones comunes, distribuidas en
diminutas y desnudas de adorno esterior é
todas pudo apropiarse en general la sátira
que motiva esta nota.

La revolucion política verificada á la mu
nando VII, la desamortizacion y venta de
sos bienes del clero, la demolicion de la m
los conventos, la acumulacion de capitales

durante la guerra civil en la capital; el desarrollo de las ideas de buen gusto; y las importantes mejoras establecidas en la policía de la villa por una autoridad activa, celosa é inteligente, todas estas causas, en fin, reunidas á las crecientes exigencias de una capital populosa, empezaron á dar nuevo y mas elevado giro á las construcciones; siendo ya notables, entre las de la otra década hasta 1844, las casas de los señores Mariátegui y Matheu, en el solar del convento de la Vitoria; la de las del señor Cordero en el de San Felipe el Real; el pasage y mercado de San Felipe Neri, y el del Caballero de Gracia, y la elegante Casa-palacio del señor marques de Casa Irujo en la calle de Alcalá.—Pero cuando la construccion ha llegado á un punto verdaderamente sorprendente, tanto en el número de edificios, cuanto en el brillante aspecto, comodidad y lujo de su decoracion, es en el sexeñio que concluye en 1850, llevando trazas de continuar en lo que va del año actual.—En dicho sexeñio se han construido de nueva planta mas de seiscientas casas, muchas en solares, huertas y cercados, y otras sobre los sitios en que existian casuchas ruinosas ó mezquinas, renovándose casi del todo las calles principales de la poblacion, Alcalá, Montera, Carretas, Mayor, San Gerónimo, Fuencarral, Hortaleza, Arenal, Jacometrezo, etc.—A todas aquellas causas anteriormente enunciadas, al estraordinario progreso del buen gusto, á las exigencias del lujo, á la moda, en fin, de dedicar á esta aplicacion los capitales, vino por fortuna á reunirse la circunstancia de la aparicion de jóvenes arquitectos, ilustrados y entusiastas por lo bello, conocedores de las buenas construcciones en el estranjero, deseosos de gloria y enemigos declarados de la antigua rutina ó manera. Preciso es tambien convenir en que los anteriores no se hallaron en circunstancias tan favorables para desplegar su fantasia; antes bien se vieron limitados por la exquidad de las miras de los dueños, á construir casas comunes en sitios reducidos, y combinadas de modo que pudieran dar en alquiler el mayor interes posible; mientras que los actuales han visto á su disposicion solares inmensos y bien situados, dueños espléndidos, un gusto y una exigencia creciente en la poblacion, é infinitos adelantos en la fabricacion de los objetos de construccion.=De este modo, pues, los señores Colomer, Alvarez (don Anibal), Alvarez (don José Alejandro), Aguado (don Martin), Gomez de Lafuente, Zabaleta, Mesa y otros que no recordamos, han podido verificar una verdadera revolucion en el caserío de Madrid, y elevar los palacios de los señores duques de Riánsares, Salamanca, Gaviria, Sevillano, Santa Marca, Las Rivas, Soto Mayor, Perez, Murga, y otras mil elegantes casas que hoy hermosean lo principal de la poblacion.—Este movimiento de vitalidad y de buen gusto queda hoy en progresion ascendente; y baste decir que actualmente se hallan en construccion, y quedarán corrientes en todo el año 51, unas 120 casas, la mitad por lo menos en sitios solares en que no las habia, como en la Plaza de Oriente y de los Ministerios, calles del Turco y la Greda, Magdalena, Constantinopla, Cárcel de Córte y calle del Barquillo; y ellas vendrán á aumentar en mas de 1,000 el número de habitaciones cómodas, elegantes y aun magníficas que ya cuentan los vecinos de Madrid.

Nota 6.ª

El Dia 30 del mes.—El tipo del empleado antiguo, consecuente, asiduo y rutinero, que trata de describirse en este artículo, se reproduce mas adelante en otros, bajo sus diversas fases de *Cesante y Pretendiente*, en que hubieron de colocarle las revueltas políticas, y los ensayos de otros hombres y de otras ruedas en la complicada máquina de nuestra administracion.—Hoy, aleccionado ya por la desgracia y las contradicciones, convencido plenamente de su insuficiencia para luchar con la marcha del siglo, *don Homobono Quiñones* es un personaje casi fabuloso, ó por lo menos inverosímil, y que está próximo á desaparecer de entre nosotros. Reducido pues, á pasear su asendereada persona por la Fuente Castellana ó Chamberí, á leer todas las mañanas *el Diario*, y á regalarse todas las noches con *la Esperanza*, limita sus escasas necesidades á las diez mesadas de cesantía (¡y gracias cuando estas son *diez*!) paga su modesta mansion en los barrios apartados de Daoiz ó de Leganitos; asiste á las cuarenta horas: reza novenas á Santa Rita y á Santa Filomena, y figura en las zarzuelas del Circo, como uno de los personajes de *La paga de Navidad*.

Nota 7.ª

El Campo Santo.—Desde que en el reinado del señor don Cárlos III, y por real cédula de 3 de abril de 1787 se mandó la fabricacion de cementerios extramuros de las ciudades con el objeto de sepultar los cadáveres que hasta entonces se enterraban en las iglesias, con grave detrimento de la salud pública, pasaron muchos años (todos los que formaron el reinado de Cárlos IV), sin que la capital del reino tratase de dar el ejemplo de esta importantísima reforma, y de cumplir lo preceptuado por la ley. Siguióse, pues, la perniciosa costumbre inmemorial de los enterramientos en las bóvedas y templos, hacinando en ellos los cadáveres sin precaucion alguna, y siguieron tambien de tiempo en tiempo las repugnantes é indecorosas *mondas* ó estracciones de aquellos restos mortales, de que recordamos haber oido á algunos ancianos tan animadas como nauseabundas descripciones, especialmente de la que se hizo en la parroquia de San Sebastian por la calle inmediata en 1805, y que segun nuestros cálculos y noticias llevó envueltos en ella los preciosos restos del gran *Lope de-Vega*.—Para destruir aquella inveterada costumbre, y para reducir al silencio la terrible y obstinada oposicion que la hipocresía, las preocupaciones ó el interes egoista presentaban á la construccion de cementerios, fue necesario que el gobierno de José Napoleon tomase á su cargo la conclusion del primero de los generales (el de la puerta de Fuencarral) y verificada esta en 1809, y poco tiempo despues el de la puerta de Toledo, prohibióse enérgicamente todo otro enterramiento que no fuese aquellos; y en obsequio de la verdad y de aquel ilustrado aunque intruso gobierno, debe reconocerse que no fue esta sola la mejora que logró establecer en nuestra policía administrativa.

Por desgracia la construccion de los cementerios segun los planes del arquitecto Villanueva, adoleció á nuestro entender desde el principio de una mezquindez y prosaismo sumos; siendo tanto mas de lamentar, cuanto que estos primeros Campos Santos, imitados despues en otros puntos de las afueras de Madrid y en las capitales y pueblos notables de España, han servido, puede decirse, de modelo ó pauta de esta clase de construccion entre nosotros, estableciéndose en consecuencia la ridícula costumbre, no de enterrar, sino de emparedar los cadáveres en los muros de cerramiento al rededor de grandes patios desnudos de todo adorno y de vejetacion.—No tuvo tal vez presente Villanueva el reciente ejemplo de la capital francesa que en los primeros años del siglo dedicó á este objeto el estendido jardin conocido por el del *P. Lachaise*; ni los demas de esta clase que se admiran en otros pueblos estranjeros; ó no pudo disponer de terreno suficientemente estenso, bien situado, y con agua abundante para la plantacion; la idea exajerada (á nuestro entender) de que habia de construirse precisamente en las alturas al N. de la capital el gusto demasiado clásico y amanerado de dicho arquitecto, y la estrechez de miras ó indiferencia del Ayuntamiento de Madrid, fueron tal vez las causas de semejante construccion; y sin duda el no querer perjudicar á los fondos de las iglesias en los derechos que percibian por la custodia de los cadáveres, dió lugar á que la Villa de Madrid no tomase, como hubiera debido, á cargo suyo el establecimiento de los cementerios con toda la amplitud y decoro que exigen la religiosidad, y la cultura del vecindario. El clero, por su parte, que nunca miró con buenos ojos su establecimiento, no cuidó de decorarlos ni engrandecerlos, á pesar del inmenso producto que obtiene del alquiler de aquellos mezquinos corrales, producto que raya en una suma considerable, y que hubiera podido servir, no solo á la formacion de grandes y aun magníficos cementerios, sino que en otros pueblos bien administrados se aplica tambien al sostenimiento de hospitales y establecimientos de Caridad.

A tanto llegó el abandono y desidia de la visita eclesiástica y fábricas parroquiales, y era por los años de 1832 tan mezquino el aspecto de este cementerio y del otro general de la puerta Toledo, que varias cofradías ó congregaciones religiosas, pensaron en emprender por su cuenta la formacion de otros parciales. Así lo habian hecho ya anteriormente las sacramentales de S. Pedro y S. Andres y la de S. Salvador y S. Nicolás, y fueron imitadas luego por las de S. Sebastian, S. Luis y S. Ginés, S. Miguel, S. Martin, San Justo, etc. Y mejorando algun tanto las condiciones de construccion y adorno (aunque siempre siguiendo el mezquino sistema de emparedamientos), han conseguido la preferencia de la parte mas acomoda-

da de los feligreses; y disponiendo y tolerando algun mayor adorno en los frentes de las sepulturas, en los panteones y galerías, y aun en el centro de los pátios con plantaciones, aunque escasas, de arbustos y flores, han empezado á dar á los suyos (especialmente al de San Luis y San Ginés) aquel aspecto decoroso é imponente que á par que convida á la oracion y al ruego por las almas de los que fueron, da una idea mas noble de la cultura y de la religiosidad de la generacion actual.

Nota 8.ª

Pretender por alto. — Varios de los artículos que forman la presente obrita, aunque desnudos de interés y pobres en argumento, han dado pie á tal cual autor vergonzante de comedias para enjaretar algunas, tales como el *Amante corto de vista*, *Los Paletos en Madrid*, *Los Románticos*, etc.; pero en el presente artículo sucede todo lo contrario; á saber, que él es el hijo legítimo de una pieza teatral que el *Curioso Parlante* escribió en los primeros años de su juventud (1827), y que gracias á la meticulosa censura de aquellos tiempos no logró verse representada. — Titulábase, pues, dicha pieza teatral, «*La Señora de Proteccion, y Escuela de Pretendientes,*» y fue la primera y única tentativa dramática del autor de las *Escenas*.—Como obra de un jóven inesperto, y de una imaginacion limitada y prosáica, adolece aquella composicion de una palidez estremada, de una escasez de intriga que contrasta con lo pretencioso del argumento; á pesar de eso, el censor dramático de aquella época, don José Caballér Muñoz, en medio de su tolerancia, benignidad é ilustracion, creyó descubrir en ella algunas alusiones ó retratos que no convenia presentar en la escena, y llamando al autor con una deferencia y amabilidad muy propia de su carácter, procuró convencerle de la necesidad de ciertas modificaciones; pero este tuvo el buen sentido de no convenir en ellas por el temor de dejar aun mas descolorido un cuadro que ya reconocia por tal, y aun el de retirar y condenar difinitivamente una obrilla que le parecia á él mismo insignificante.—Hoy, llegado á la edad madura y con algun mayor estudio literario, al leer aquella débil produccion, no puede menos de reconocer y agradecer el servicio que le prestó aquel ilustrado censor, no dejando correr un trabajo pueril y que hubiera en adelante avergonzado á su autor; y este, renunciando en consecuencia al teatro, dió una prueba de prudencia y conviccion de la escasez de sus medios literarios. Por lo demas para muestra de la estremada suspicacia de la censura de aquella época, véase aquí una de las escenas que indicaba el censor como *sospechosas* ó atrevidas. Hablan dos pretendientes, el uno osado y vanaglorioso, y el otro tímido y apocado.

ACTO 2.° — ESCENA 6.ª

Don Luis. — Don Sinforiano.

LUIS. Aquí le tenemos ya.
SINF. No hay remedio, de esta hecha (*Paseando con*
atrapo mi señoría, *entusiasmo.*)
mi uniforme, mi venera,
y me elevo á grande altura.
¡Qué placer cuando me vea
por paseos y por calles
deslumbrando de una legua,
con mi casaca bordada,
sortijada cabellera,
el sombrero bajo el brazo,
guante blanco, rica media,
y mis gafas de oro! (mueble
en tal caso de primera
necesidad) Quizás luego
de secretario me vea
de una Embajada; muy bien;
Veré á Paris, Lóndres, Viena,
volveré como hacen todos,
hablando una nueva gerga,
preguntando si en España
se vive sin chimeneas,
qué quiere decir *Caramba*,
si aun hay quien duerma la siesta,
y admirando que en Paris
hasta los chicos de escuela
hablen el frances... ¡Si luego
alcanzo á ser excelencia!...
¡Ah, si llego á ser ministro!
Entonces... ¡oh! ¡qué *maneras*
de ministro tan sublimes
tendria yo!... Con presteza
entrára en secretaria,
y con desdén y tibieza
oiria las relaciones
estudiadas y compuestas
de este y aquel pretendiente
hasta que en el medio de ellas...

Hace lo que indican los versos sin mirar á don Luis que se acerca.

LUIS. Señor mio... ¿no me ois?
SINF. «Y bien... ¿qué quereis vos?... sea
pronto... ¿Traeis memorial?»
LUIS. Yo nada os pido.
SINF. «Bien, ea,
está al despacho...» ¡Ay amigo! (*Reconociendo*
perdonad á mi cabeza; *á Luis.*)
no os habia conocido;
ya se ve, está descompuesta,
las malditas pretensiones...
y vos, ¿qué tal de las vuestras?
LUIS. Yo, amigo, ni bien ni mal.
Porque como las vi lentas
y sin ninguna esperanza,
procuré recoger velas
y me he retirado al puerto.
SINF. ¡Disparate! tal flaqueza
nunca un hábil marinero
debe hacer; sufrir la fiera
borrasca, vencer escollos;
medir los abismos; esta
debe ser su mayor gloria
hasta ganar la ribera.
LUIS. Ya veis, eso va en los génios,
y el mio no se violenta.
La vida del pretendiente
es una vida perversa;
siempre sufriendo antesalas:
siempre esperando respuestas:
siempre haciendo cortesías:
siempre besando correas.
Hoy dan audiencia en Estado,
mañana se da en Hacienda,
voy á ver si á la salida
logro hablar á su escelencia.» —
— «Ya salió. — ¡Mala fortuna!
Mañana volver es fuerza.»—
Y torna á hacer memoriales
y vuelve á entregar esquelas,
siempre sembrando esperanzas
y siempre cogiendo penas:
sale mal la pretension
y...
SINF. ¡Pero y si sale buena!
¡Qué placer puede igualarse
al que ufano esperimenta
un pretendiente aguerrido
curtido por la aspereza,
cuando mira ya en sus manos
el título por que anhela!
¡Oh fortuna! ¡cómo entonces
le lee, le deletrea,
le besa, y contra su seno
estrechamente le estrecha!..
Yo, amigo, os puedo decir
que si en tal caso me viera
no creo me contentaba
sin bailar con su escelencia.
LUIS. Si; pero eso es tan remoto...
SINF. Luego el retintin que suena
sin cesar en sus oidos
por do quier que se presenta
en paseo, en el teatro,
en misa, de «enhorabuena
enhorabuena.»
LUIS. Es verdad...
SINF. Todos vuelven la cabeza
para admirar las facciones
del ente á quien privilegia
la fortuna, y todos sienten
una emulacion secreta
unida al deseo curioso
de saber quién es.
LUIS. Bien, sea
todo como lo decís;

pero y los sustos, las penas
que sufrió para llegar?..

SINF. ¿Quién en eso entonces piensa?
Todo se olvida... ¡Ay amigo!
nunca el azúcar recrea
el labio como despues
de un vaso de quina buena.

LUIS. Y ahora ¿qué pretendeis?

SINF. Ved aquí media docena
de pretensiones pendientes
tomad, la última es esa.
Leed.

LUIS. No, basta, no hay tiempo,
¿á ver la súplica?

SINF. Vedla.
¿Qué tal?

LUIS. Muy bien pretendido
solo falta se conceda.

SINF. Si señor; no podrá menos,
pues digo ¿acaso se encuentran
pretendientes del calibre
que yo presento?

LUIS. ¿De veras
lo decis? si á lo que creo
nunca dejásteis la aldea...

SINF. ¿Y el mérito acaso está
solamente en correr tierras?
¿Es poco servicio el mio
en llevar siempre las tierras
de los propios de la villa?
¿Haber presidido á ella
diez y siete procesiones
del Córpus, y de Minervas?
Haber dado de mi propio
peculio nueve pesetas
para el mozo-veredero
que trajo al pueblo la nueva
del casamiento del rey?
¿Picar... desde la barrera
los novillos que corrimos
aquel dia y...

LUIS. Todas esas
son prendas de gran valor...

SINF. Sin contar con las que quedan. (*Toca el bolsillo.*)

Nota 9.ª

La Político-manía.—Queda dicho en una de las notas anteriores que la série de estos artículos de costumbres, comprendida desde el primero hasta el del *Campo Santo* inclusive, fue publicada en la única revista literaria de la época (1832) y titulada *Cartas Españolas*. La grave enfermedad del rey Fernando VII en setiembre de aquel año, y la caida del ministerio de los diez años, la amnistía y la gobernacion temporal de S. M. la reina, inauguraron en España la nueva era política que tomando despues tan rápidas y diversas faces cambió completamente los hábitos y condiciones de nuestra sociedad. En esta época de agitacion febril y de bruscas transiciones en las costumbres y usos populares, le tocaba describir estos y procurar corregir aquellas al festivo y poco profundo autor de estos cuadros; y no sabiendo ó no queriendo matizarlos con los colores fuertes de la época, y ni aun darlos á luz en periódicos que tenian ya el carácter de publicaciones políticas y de partido, se dispuso á suspender su agradable tarea, así que en 1.° de diciembre de dicho año 32, se convirtieron en *Revista Española* las antiguas é inofensivas Cartas, renunciando espontáneamente no solo á la mayor publicidad de sus escritos, sino al interes material que de ellos podia prometerse.—Este sistema ha seguido el autor con tan rara constancia, que no ha querido jamas pertenecer á ninguna redaccion política, prefiriendo publicar sus escritos en periódicos como el *Diario de Madrid*, el *Semanario Pintoresco* ú otros así completamente estraños á las circunstancias.—Sin embargo, no pudo separarse de la *Revista* tan pronto como deseaba, y aunque limitándose á esta seccion literaria, consiguió en ella algunos artículos que son los que van comprendidos desde el de *Pretender por alto*, hasta el de la *Casa de Cervantes* inclusive, publicado en abril de 1833; y ya en ellos se nota alguna mayor libertad en sus tendencias, aunque procurando huir de las agitadoras de la época. Pálido es, sin duda, por ejemplo, el argumento del titulado la *Político-manía*; pero á vueltas de su palidez se descubre ya en él la fisonomía que tomaban las costumbres, á par que la meticulosidad del autor, y su disgusto por hallarse en las columnas de una publicacion política, «*al abrigo del cañon de la ciudadela de Amberes, ó entre media docena de protocolos de la conferencia de Lóndres*,» sucesos ambos que por entonces llamaban la atencion de la Europa política, y llenaban por consecuencia las páginas de los periódicos. Por lo demas, ¡qué diverso aspecto ofrecia aun una sociedad donde este vicio naciente podia combatirse con paños templados y suaves emolientes como el presente artículo, y quién le habia de decir al autor que en el trascurso de pocos años habia de cambiar aquella hasta el punto de producir la incisiva sátira de *Fígaro*, la penca de *Fr. Gerundio*, los dardos del *Jorobado*, del *Mundo* y la *Posdata*, y los rayos y centellas del *Guirigay* y del *Huracan*!

Nota 10.

Policía Urbana. — Esta sátira festiva del abandono y desaseo en que por un inconcebible, aunque arraigado descuido, yacía la capital del reino en la época á que se refiere, parece ahora demasiado blanda despues de comparar aquel estado con el que ofrece actualmente, y que honra sobremanera á la cultura de la poblacion y al celo y diligencia de las autoridades municipales. Seguramente que el mas apasionado del antiguo régimen ó de los ayuntamientos perpétuos, de los corregideres *golillas*, de los *protectores*, de las *tasas*, *abastos*, *gremios*, *ordenanzas* y *cédulas* del Consejo, no podrán negar que con todo ese aparato y balumba de leyes y autoridades, y con un presupuesto de ingresos muy superior en algunos millones al que hoy cuentan las arcas de la villa de Madrid, la municipalidad perpétua, sea por las causas que fuesen, hizo poco, muy poco de lo que reclamaban las necesidades de la poblacion; y que sus calles y caserío, su pavimento, su alumbrado, sus paseos, sus mercados, cárceles, hospicios, teatros y cementerios, ofrecian el aspecto mas repugnante, aspecto que no recuerdan hoy y que no concebirian ya posible los mismos que entonces lo toleraban y defendian. — Algo, sin embargo, empezó á mejorar en los años últimos del reinado anterior, merced á las mayores exigencias de la época, á los esfuerzos de los particulares, y al impulso que no podian menos de seguir el mismo gobierno y autoridad. El señor don Domingo María de Barrafon, corregidor en aquella época, abrió y planteó nuevos paseos esteriores; atendió con celo á la mejora del arbolado disponiendo la formacion de un hermoso vivero, orillas del Manzanares; hizo construir algunas fuentes, y protegió el ensayo de alumbrado por el *gas* que por entonces no pasó de ensayo. — Pero la verdadera época de reforma saludable en todos los ramos de la administracion municipal de esta villa, data indudablemente desde 1834 y 35 en tiempo de los nuevos ayuntamientos, y sobre todo del celoso corregidor don Joaquin Vizcaino, *marques viudo de Pontejos*.

Este distinguido funcionario (cuyo nombre no olvidará jamas la poblacion de Madrid), fue el que inició el movimiento de progreso verdadero de civilizacion y de comodidad, y sin ser hombre de grandes estudios, ni superiores conocimientos, bastóle la energía de su carácter, la penetracion de su buen instinto, y la influencia y atraccion que ejercian sus modales simpáticos y caballerescos, para emprender y plantear con buen éxito mejoras radicales, no solamente en lo material de la villa, sino en sus establecimientos mas útiles y morales; mejoras que hubiera desenvuelto seguramente á no haber sido tan corto el período de su administracion (dos años escasos), pero que han servido, á no dudarlo, de base para todas las infinitas realizadas despues á su ejemplo.

Entre las primeras ó materiales, que planteó el marques, debemos consignar aquí la sustitucion de buenos reverberos á los mezquinos farolillos del alumbrado; la nueva numeracion por aceras y números pares é impares; la de las lápidas de los nombres de las calles, y la adopcion de muchos mas apropiados y dignos, en vez de los repetidos ó ridículos de varias de ellas; la introduccion de las nuevas aceras anchas y elevadas sobre el empedrado; la mejora del servicio de limpiezas y prohibicion de basureros en los portales; la formacion de nuevas plazas y paseos, y el impulso y proteccion dado á las construcciones particulares. — En cuanto á reformas de otro género, aunque mas elevado, el asilo de mendicidad de San Bernardino, la Caja de ahorros, y la reforma del Monte de Piedad, dan al nombre de Pontejos aquel título de respeto y simpatía con que le pronuncia la poblacion de Madrid.

Tan benéfico movimiento inaugurado por su administracion, ha seguido desarrollándose visiblemente despues, y gracias á él, y á pesar de los periodos de turbulencias y discordias políticas, hoy presenta Madrid un aspecto halagüeño que parecia irrealizable hace pocos años. El empedrado de la parte central de la villa puede competir con los mejores de Lóndres y Paris, siguiendo su reforma por toda ella: el alumbrado del gas aplicado ya en sus calles principales, está contratado tambien para todas en general: el servicio de barrido y limpieza se verifica diariamente y por métodos mas decentes y regulares: desaparecieron los escombros de las obras, los montones de basura, los traperos, las caballerías cargadas de paja y de reses muertas, los mendigos postulantes, casi todos los cajones de madera de las plazas y calles para la venta de comestibles, y los aguadores de las fuentes principales: se han aumentado las vecinales, se han colocado cubetas urinarias en las esquinas, se rotuló los primeros faroles de cada calle (aunque esta mejora ha ido desapareciendo por descuido), se han construido mercados cubiertos, pasages, cárcel, reformado la plaza Mayor, la de Oriente y la Cuesta de la Vega, abierto plazas y calles nuevas, ensanchado muchas antiguas y plantado otras de árboles, formado en fin, paseos hermosísimos extramuros de la poblacion. Todas estas y otras muchas mejoras planteadas ya ó en proyecto de inmediata ejecucion, han tenido lugar especialmente en los años del 44 al 50; y el autor de estas *Escenas*, se complace en consignarlo aqui con tanta mayor satisfaccion cuanto que en dicho período ha podido tomar alguna parte activa en aquel movimiento civilizador como individuo que ha sido de la corporacion municipal.

Nota 11.

La Casa de Cervantes.

La lectura de este artículo publicado por el *Curioso Parlante* en la Revista Española el dia 23 de abril de 1833 (aniversario de la muerte de Cervantes), escitó de tal manera el celo patriótico del difunto comisario de Cruzada don Manuel Fernandez Varela, que inmediatamente llamó al autor y empezó á dar activos pasos, que produgeron á los diez dias la real órden que se copia á continuacion. El autor de esta obrita se lisonjea en recordar aqui la parte que pudo caberle en tan patriótica resolucion.

REAL ORDEN.

«Ministerio del Fomento general del reino.—Cuando »llegó á noticia del rey nuestro señor que se estaba de»moliendo por hallarse ruinosa la casa núm. 20 de la ca»lle de Francos de esta córte, en que tuvo su modesta »habitacion el célebre Miguel de Cervantes Saavedra, »que tanto honor y lustre ha dado á su patria, se sir»vió S. M. prevenirme que por medio de V. S. se hicie»sen proposiciones al dueño de ella, para que adquirién»dola el gobierno se reedificase y destinase á algun «establecimiento literario. Pero habiendo manifesta»do V. S. que aquel tenia repugnancia á enajenarla, y »queriendo S. M. por una parte que sea respetada la pro»piedad particular, y por otra que quede á lo menos en »dicha casa y á la vista del público un recuerdo perma»nente de haber sido la morada de aquel grande hom»bre, ha tenido por conveniente resolver que en la facha»da de la referida casa, y en el paraje que parezca mas »á propósito, se coloque el busto de Miguel de Cervan»tes, de que está encargado don Esteban de Agreda, »director de la real Academia de San Fernando, con una »lápida de mármol y la correspondiente inscripcion en »letras de bronce. El comisario general de Cruzada, vice»protector de la misma Academia, don Manuel Fernan»dez Varela, animado de su celo por el fomento de las »artes, y por las glorias de su patria, se ha apresurado »á proponer á S. M. que de los fondos que se hallan bajo »su direccion, y de la parte de ellos que está destinada á »auxiliar á los artistas, se haga el gasto necesario para »llevar á efecto este pensamiento, lo que S. M. se ha »dignado aprobar. Y de su real órden lo comunico á V. S. »para que tenga su debido cumplimiento, poniéndo»se V. S. de acuerdo con el espresado comisario general »vice-protector de la Academia, á quien lo traslado con »esta fecha, y con el dueño de la casa que ha dado pa»ra ello su consentimiento. Dios guarde á V. S. muchos »años.—El Conde de Ofalia.—Madrid 4 de Mayo de 1833. »—Señor corregidor de esta villa.»

En consecuencia de esta real órden y verificada la reedificacion de la casa, se colocó sobre la puerta principal de ella, que da á la antigua calle de Francos, un medallon de mármol de Carrara que representa la imágen de Cervantes en alto relieve sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripcion en letras de oro:

Aquí vivió y murió
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
cuyo ingenio admira el mundo.
Falleció en MDCXVI.

La manifestacion al público de este monumento tuvo lugar el dia 15 de junio de 1834; y posteriormente en las reformas de los nombres de muchas calles de Madrid, verificada por su celoso corregidor el marques viudo de Pontejos, se dió á la ya dicha de Francos el nombre de *calle de Cervantes*, aunque para proceder con claridad este nombre le merecia la calle del Leon, porque en ella propiamente estaba la casa, aunque con accesorias á la de Francos; y con eso pudiera haberse llamado á esta última calle de *Lope de Vega*, pues consta la casa en que vivió y murió, aquel gran poeta. Posteriormente se ha titulado la del Niño traviesa de aquellas con el nombre de *Quevedo* que tuvo en ella su casa.

Nota 12.

La vuelta de Paris.—Desde el artículo anterior de *La casa de Cervantes*, publicado en abril de 1833, hasta el de *La vuelta de Paris*, que lo fue en igual mes de 1835, mediaron dos años cabales que el autor empleó en un viaje de recreo hecho á Francia é Inglaterra.—En este largo período y dilatado paseo, no solo tuvo ocasiones de ejercitar su espíritu de observacion, y aumentar algun tanto la esfera de su imaginacion, sino que coincidiendo con aquel periodo los graves acontecimientos acaecidos en nuestro pais, la muerte del monarca, la variacion del sistema político, la reunion de las Córtes y promulgacion del Estatuto Real, la guerra civil, la invasion del cólera morbo, y la supresion de las comunidades religiosas, varió completamente el aspecto, carácter y costumbres del pueblo español; asi como la mayor libertad en la espresion del pensamiento abria ya ancho campo á la pluma del escritor.—En una sociedad constituida ya de tan diversa manera, agitada por tan encontradas pasiones, y movida por tan nuevos resortes, para quien la lucha de las opiniones políticas era el principal alimento, la guerra y el debate los medios, la victoria y el triunfo su fin, déjase conocer cuán descoloridos é insignificantes debian parecer los cuadros sencillos é inofensivos de una sociedad apacible y normal que ya no existia, trazados por el modesto pincel del *Curioso Parlante*. Asi lo reconoció él mismo, y convencido de su insuficiencia para brillar en otro terreno mas propio del dia, renunció por largo período á su agradable y filosófica tarea, dejando á la marcha del tiempo y de los acontecimientos públicos el cuidado de marcarle la oportunidad de continuarla.

Pero la comezon del escritor es una tiranía que domina absolutamente su voluntad; y si bien supo contenerla por espacio de dos años, no pudo menos de transigir con ella algun tiempo antes del que se habia propuesto; si bien encerrándose siempre dentro de los estrechos límites que se impuso desde el principio, y limitándose á *terminar* con algunos cuadros mas la revista festiva de la Sociedad que desaparecia, sin darse por entendido del nuevo giro que tomaba la moderna.—Los artículos de *La vuelta de Paris*; *El Diario de Madrid*; *La procesion del Córpus; Paseo por las calles*; *El patio de Correos; Las casas de Baños*; *El Sombrerito y la Mantilla*; y *A Prima noche*; son los que completaron por entonces aquella série, hasta octubre de 1835; y para hacerlos mas independientes de las circunstancias presentes, para separarlos absolutamente de toda tendencia política, renunció el autor á insertarlos en ninguno de los numerosos periódicos que por entonces se disputaban el favor del público, y escogió para trasmitirlos, el modesto folletin del *Diario de Madrid*.

Notas 13 y 14.

El Diario de Madrid; *D. Lucas Aleman*; *D. Diego Rabadan*. — Trazando el autor en el presente artículo la historia del Diario de Madrid, que en su humilde origen vicisitudes y progreso marcaba bastante, á su entender, la marcha económica y las necesidades de la poblacion, y hasta el gusto literario de las épocas anteriores, hubo de tropezar con estos dos célebres escritores á quienes sus numerosas composiciones métricas, insertas en aquel

periódico, dieron el carácter y popularidad propias de lo que por entonces se llamaba *un poeta*; el primero en el período anterior á la guerra de independencia (que despues continuó con el carácter de política que daba á sus patrióticas composiciones) y el segundo en los años trascurridos desde que se concluyó aquella, hasta 1820; y sin que sea visto ofender la memoria de aquellos dos honrados patriotas y laboriosos autores, preciso es convenir en que difícilmente se buscarian dos tipos mas característicos de la insustancialidad y del mal gusto del público de entonces.

En la primera de ellas, ó sea en la que figuraban en el *Diario de Madrid*, en el *Correo de los Ciegos*, y otros periódicos, las triviales composiciones del festivo *don Lucas Aleman*, al lado de las de *Guerrero*, *Cacea*, *Salanova* y otros semejantes que merecieron la satírica recordacion del gran *Moratin*, habia sin embargo fuera de esta falange de pintores de brocha gorda, una escogida porcion de verdaderos poetas por inspiracion y por estudio, que con sus elegantes composiciones, ricas de elevacion, ternura y armonía, consiguieron ir cultivando el buen gusto público, el brillo y lozanía de nuestra abandonada literatura; y basta nombrar á Melendez y Cienfuegos, Jovellanos, Quintana, Forner, Iriarte, Cadalso, Iglesias, Gonzalez y Moratin, para mirar en la época que florecieron una de las mas gloriosas del Parnaso español. Pero á vuelta de esta porcion de clásicos ingenios y de escritores de valía, pululaban entre el vulgo, y atraian hácia sí la fama poético-callejera, otra multitud de hombres de cierto temple, que creian de buena fé ser intérpretes de las musas con disparar á troche moche sus inocentes epigramas, acrósticos, décimas y ovillejos, escritos en lenguaje trivial y chavacano; y otros, que mas arrogantes en sus pretensiones, y mas insoportables en su ridícula entonacion, pretendian hablar el lenguaje de los dioses en sus largas elegías y enrevesados sonetos escritos en un estilo sombrío, encrespado y campanudo.—De ambos hizo justicia el filósofo Moratin en su chistosísima sátira titulada *La Derrota de los Pedantes*, y mas especialmente de los últimos, retratándoles con tan vivos colores que no parece sino que habia adivinado la existencia futura de algunos originales.

Llevaba por entonces la bandera del primero de estos dos bandos, ó sea la de los escritores triviales y copleros de buena fé, el modesto y sencillo capellan de las Recogidas *don Francisco Gregorio de Salas*, en quien sin embargo, y á vueltas de su pobre imaginacion y apocada vena, se descubre la mas sana intencion, algun estudio y chiste, y cierta espontaneidad y oportuna espresion que le hacian ser el ídolo del comun del vulgo alegre y desocupado. Y con él compartia estos fáciles laureles el doctor en medicina *don Manuel Casal*, que bajo el anagrama de *don Lucas Aleman*, ha tenido la fortuna de vincular en él la sonrisa de tres generaciones, hasta su muerte ocurrida en abril de 1837. —Este amable escritor y reputado facultativo, nacido en Madrid en 20 de mayo de 1751 ademas de algunas obras sérias sobre su profesion, empezó á darse á conocer bajo el seudónimo indicado en el *Correo de los Ciegos* y en el *Correo de Madrid*, que se publicaban en 1786, y luego en el *Diario de Madrid*, con multitud de composiciones festivas, de trivial concepto, pero de espresion graciosa y popular. Y mas tarde, cuando despues de la guerra de la Independencia, pudo darlas el preciado matiz del patriotismo, se hizo dueño de las voluntades con la chistosa série de fabulillas, cuentos y folletos que publicó bajo los títulos de *La Pajarera*, *El Mochuelo Literario*, y otros; en cuyas gratas tareas unidas á las no tan agradables de su profesion, y al estudio y lectura de su variada y copiosa bilbioteca, prolongó su existencia y su amable popularidad hasta los 81 años de su edad, en los últimos de los cuales tuvimos aun el placer de tratarle.

Don Diego Rabadan, que *floreció* mas adelante y en la época que dejamos ya indicada de 1814 al 20, es otro tipo de índole diversa y representa admirablemente la segunda série de seudo poetas en que dividimos antes á su muchedumbre, ó sea la de los hombres de mucho y mal digerido estudio, ofuscada imaginacion y depravado gusto, que buscan en las hipérboles y conceptos mas oscuros é intrincados la sublimidad del estilo y la entonacion digna de las musas. Henchida su imaginacion de esta idea, amenguada su razon con el estudio y la meditacion de todas las monstruosas obras del ingenio Gongorino, era en fin, por la clase de sus estudios, por sus modales, y hasta por su figura escuálida y estravagante, el traslado material del ingenioso hidalgo-caballero, con aplicacion á la poesía, la encarnacion viva del vate tuerto que arenga á Apolo en la ya citada sátira de Moratin.

La época desdichada en que tocaba á Rabadan pulsar las cuerdas de su lira, ó mas bien desentonado rabel, era á decir verdad la mas propia para lucir sus primores, pues ahuyentados absolutamente de la escena literaria los buenos escritores, ausentes y perseguidos, limitado el campo literario á las mezquinas columnas del *Diario de Madrid*, y cuando mas, mas, y arrostrando los inconvenientes de una rigorosa censura, á las de la *Crónica Científica* (que leia escasamente una corta porcion de aficionados), aleccionado el pueblo con las coplas y retruécanos de don Domingo Abrial, don Francisco Garnier y don Isaac Diaz de Goveo, pudo creer que la poesía que faltaba á aquellos en sus triviales composiciones, se encerraba en los altisonantes conceptos en que para hablarles, por ejemplo, de la muerte del infante don Antonio, prorumpia Rabadan en este estrambótico soneto:

«Ya vencidos de Acuario los rigores
que aprisionan aliquidos cristales,
y del Aries y Tauro criminales
resultas de los cólicos furores;
Cuando Febo aproxima sus ardores
desatando á Neptuno los raudales,
y Amalthea sus galas y caudales
manifiesta con célicos primores;
Quiso el cierzo terrible y dominante
de su cruel aridez dar testimonio
arruinando á la España su almirante.
¡Neptuno, Tétis, Céfiro y Favónio
eterno mostrarán llanto abundante
pues falleció el infante don Antonio!!!»

Por este estilo y aun mucho mas estravagantes, fueron las infinitas composiciones de todos géneros y calibres del buen Rabadan en aquella época; innumerables y celebérrimas sus églogas, raptos, sueños, glosas, laberintos y acrósticos, en que no conseguia agotar su insensata fecundidad. Su prodigiosa memoria, su inmensa y estravagante lectura, y su carácter comunicable y decidor, le hacian ademas ser buscado y escuchado con bien distinta intencion, de los jóvenes aficionados, de los festivos críticos y de las gentes de buen humor. Todavía recordamos haberle visto vendiendo libros en un puesto en la plazuela de las Descalzas, y siendo con su conversacion amable y su enrevesada doctrina poética el embeleso de los otros muchachos que con nosotros salian del aula; todavía conservamos graciosas sátiras, ingeniosos epígramas lanzados contra el pobre Rabadan por los festivos y discretos concurrentes á cierta librería de la calle de la Montera; y entre la exagerada admiracion de las turbas, y la no menos cáustica sátira de los zumbones, acabaron por rematar la razon de aquel buen hombre, en términos que llegó á imaginarse el primer ingenio de su siglo, á quien se disputaban los pueblos, á quien colmaban los monarcas de decoraciones, á quien los libreros reimprimian sus obras, á quien los follones y malandrines usurpaban otras, y á quien la posteridad preparaba un alto asiento en el templo de la fama. En estos términos de escitacion febril, y consumido por la lectura y la desdicha, falleció en 1819, llevándose consigo los últimos recuerdos del *don Hermógenes*, que pintó Moratin en la *Comedia nueva*; y el tipo mas fehaciente de la depravacion literaria de aquel miserable período.

SEGUNDA ÉPOCA.

Nota 15.

Introduccion.—En 1.° de abril de 1836 fundó el autor el *Semanario Pintoresco Español*, publicacion popular y destinada á generalizar la aficion á la lectura y el conocimiento de las cosas del país, ya en su riqueza natural como en los monumentos artísticos, así las vidas y hechos de sus hijos ilustres, como la historia y tradiciones de las localidades, usos y costumbres del pueblo; y procurando realzar las descripciones y discursos con profusion de dibujos grabados en madera por el método nuevamente adoptado en las publicaciones de esta clase en el estranjero. En todos conceptos piensa haber hecho

un servicio á las letras y á las artes, con la importacion en nuestro pais del primer periódico pintoresco, popular y esclusivamente destinado á promover la aficion y cultivo de aquellas; y el público español, que así debió sin duda reconocerlo, hizo por su parte tanto aprecio de aquella modesta publicacion, que á pesar de sus defectos materiales y literarios, y á pesar de las circunstancias tan críticas del pais, en lo mas enconado de la guerra civil, llegó á contar hasta el crecido número de 5,000 suscritores, y hubo que reimprimir los siete primeros años ó tomos (ejemplo tambien único en España) hasta 1842 inclusive, en que cedió su empresa y direccion el autor y fundador de ella.—Despues ha seguido esta varias vicisitudes, aunque continuando sin interrupcion, y hoy en manos de su actual director, el señor Fernandez de los Rios, ha recobrado su antigua popularidad, hallándose ya en el año décimo sesto de su vida, y siendo por consecuencia el decano de todos los periódicos de Madrid.

En este Semanario, pues, y en el lugar que le permitian las otras materias que exigia su combinacion, emprendió el autor de las *Escenas Matritenses* la segunda série de esta obra, y es la que forma los artículos desde el que lleva por título «*Mi calle*» (1836), hasta el de *La Guia de Forasteros* (1842), procurando conservar siempre la distancia conveniente de las ocurrencias políticas, de las ideas y de las circunstancias, en fin, estraordinarias del pais—Quiso únicamente considerar y pintar á este bajo su aspecto tranquilo y normal, y aunque sabia muy bien que renunciando al interes *palpitante* del momento arriesgaba el inconveniente de no ser leido, no pudo dominar la invencible repugnancia con que por carácter y por conviccion continuaba mirando el para otros fecundo y halagüeño campo de la política; y confió solo en que agena de aquellas ambiciones, vuelta la espalda á las discordias y agitaciones del pais, hallaria siempre una porcion no escasa de lectores, un público dispuesto á apreciar su tarea moral. Y que si esta, por su remota y tal vez estemporánea intencion, no le recompensaba con aplauso sonoro, ni espresiva popularidad, acaso le brindaba en cambio con una simpatía mas sólida y duradera, una vida mas larga, tranquila y exenta de sinsabor.—Por fortuna acertó en su raciocinio; las circunstancias de aquella época pasaron ya: con ellas desaparecieron los escritos que las fueron dedicados y las palmas que produgeron á sus autores: los hombres pasaron; pero el hombre queda siempre, y el pintor de la sociedad sustituye al retratista individual.—Las cinco ediciones de la presente obrita, hechas en tan pocos años, prueba, no un mérito literario que no tiene; sino la solidez del raciocinio y la precision del cálculo del que en circunstancias escepcionales se propuso pintar la sociedad normal, procurando en sus cuadros acercarse en lo posible á aquellas condiciones que aseguran la vida de las obras literarias.—La moral en el fondo, la amenidad en la forma, y la correccion en el estilo.

Nota 16.

Mi calle.—En medio de la constante preocupacion del autor en huir absolutamente de todo roce con las circunstancias políticas de la época, déjase conocer que reflejadas estas en nuestras costumbres, le era absolutamente imposible prescindir de dar á conocer las nuevas necesidades, las diversas tendencias que diariamante se desarrollaban en las ideas, en los usos, en los modales y hasta en el lenguaje vulgar.—El presente artículo, bajo el pretesto de pintar la calle en que vivia (1), es un traslado fiel de la incertidumbre y perplejidad del escritor á causa de la indecision de las costumbres patrias, y bajo este aspecto puede servir de verdadera introduccion á esta segunda série de las *Escenas*.—Esta (como se advertirá en los artículos sucesivos) toma por necesidad giros mas atrevidos, adopta colores mas determinados, para trazar otra sociedad diversa, producida por otras leyes, otros instintos y tendencias que las que modelaban ó influian á la anterior. Y si bien conservando restos absolutamente propios suyos, como se ve en los cuadros de *El dia de toros*, *El duelo*, *El alquiler de un cuarto*, *La almoneda*, *El coche simon*, *Una noche de vela*, etc.; aparecen luego otros que por su argumento, por su forma y hasta por su estilo reflejan ya la nueva sociedad; tales son por ejemplo, *Una visita á San Bernardino*; *El Romanticismo*; *Costumbres literarias*; *El Cesante*; *La Bolsa*; *Las sillas del Prado*; *El espíritu de asociacion*; *Una junta de cofradía*; *Inconvenientes de Madrid*, y *la Guia de forasteros*.

(1) Angosta de San Bernardo, hoy de la Aduana.

Notas 17, 18 y 19.

Costumbres literarias.—Este artículo en que se pretende bosquejar las diversas fases de nuestra vida literaria segun las épocas pasada y presente, fue escrito en principios de 1837 para insertarse en el periódico ó revista quincenal que empezó á publicar el *Liceo artístico y literario* de Madrid, especie de *album* en que todos los sócios de aquella nueva y brillante corporacion, consignaban espontáneamente los frutos de su ingenio.

En todo el artículo domina el pensamiento del autor á saber: la falta de consideracion, ó de aplicacion que entre nosotros cuentan los estudios científicos y literarios por sí mismos; y la sobra de proteccion indiscreta que suele reclamarse y obtenerse del gobierno, no para los mismos escritos, sino para las personas de los autores; sacándolos de su esfera, y colocándolos en empleos elevados y brillantes que les hacen desdeñar el cultivo de las letras, y hasta renegar de sus antiguos títulos de gloria.—En este punto las opiniones del autor son contrarias, no solo á las de los gobiernos, sino á las de los mismos literatos, para quienes desearia, si, una modesta mediania y desahogo; pero no grandes títulos, honores y cargos que los arrancan á sus tareas literarias; y esta conviccion es en él tan profunda, cuanto que está persuadido de que si *Cervantes* hubiera sido director de Rentas ó intendente, nunca escribiria el *Quijote*; *Lope* y *Calderon*, si hubiesen llegado á obispos, no habrian dado tanta gloria á la escena española; ni *Shakespeare*, ni *Moliere*, hubieran enaltecido la francesa, si de pobres y asendereados farsantes, hubieran subido de pronto á ser embajadores, ministros ó generales.

En la reaccion literaria que se verificaba por aquellos años en nuestro pais, al mismo tiempo que la revolucion política, ó mas bien como consecuencia de ella, se observaba desde luego esta tendencia fatal, esta proteccion funesta, al sentir del autor, hácia las personas de los literatos; la libertad del pensamiento, exento ya de toda traba de censura, el aumento de vitalidad y de energía propia de las épocas de revueltas políticas, de discusion y de lucha; el vigor y entusiasmo de una juventud ardiente, apasionada, y que entraba á figurar en un mundo agitado por las nuevas ideas; el brillo y esplendor con que estas se engalanaban y brindaban en su cultivo un magnífico porvenir; todas estas causas reunidas produgeron en nuestra juventud una escitacion febril hácia la gloria política, literaria, artística, hácia toda gloria, en fin, ó mas bien hácia toda fama y popularidad.

Una parte de ella dedicada á las luchas políticas, á la marcha histórica del pais, corrió decidida á verter su sangre generosa en los campos de batalla y en defensa de encontradas opiniones y teorías, ó bien á ostentar su elocuente y apasionada voz en la tribuna, su bien cortada pluma en la prensa periódica, su energía y capacidad en los puestos eminentes del Estado.—Otra, mas inclinada al halagüeño cultivo de las letras y las artes, se reunió en círculos numerosos, fundó Liceos, Ateneos y Academias, hizo brillar en ellos su talento y su entusiasmo, y ofreció en aquellos magníficos torneos, en aquel público alarde de sus medios, un espectáculo seductor, que imprimió su fisonomía especial á aquella primera época de vitalidad y de energía.

Pero este noble y desinteresado espectáculo duró poco; porque creciendo en los escritores y poetas á par que el orgullo de la gloria, los pujos de la ambicion y del goce material en las altas posiciones, y siguiendo el gobierno la máxima de dispensarles esta mentida proteccion, ahogó su porvenir literario á fuerza de honores y empleos, pobló las embajadas y ministerios de poetas y folletinistas, y lo peor del caso es que con este aliciente, con esta risueña perspectiva, dió lugar á la aparicion en el palenque literario de una plaga de pseudo-ingenios, dispuestos no á ganar laureles y palmas, sino sueldos y condecoraciones, con sus menguadas coplas, sus erizados discursos, ó sus solapados memoriales en guisa de folletin.

——

El objeto de la segunda nota á este artículo, es llamar la atencion de los lectores hácia la distinta condicion del escritor en la época que acababa de terminar, y mas especialmente hácia la rigidez, y mas bien tiranía de la censura con que tenia que luchar.—Como dato curioso de aquella época no puede dispensarse el autor de reseñar aquí las tribulaciones que hubo de ocasionarle á él mis-

mo la publicacion en 1831 de su inofensivo y por lo menos útil libro titulado *Manual de Madrid*.

Esta obrilla, fruto de sus primeros años juveniles, estaba ya para darse á la estampa en fines de 1830, y presentada al efecto en la escribanía de gobierno del Consejo de Castilla, en los primeros dias de enero de 1831, pasó á la censura reservada que prevenian las leyes, y á los pocos dias, cuando fue el autor á saber la que habia recaido, se halló sorprendido con una rotunda negativa de la licencia de impresion.

Cualquiera puede figurarse el efecto que semejante injusticia haria en un jóven autor que despues de haber trabajado con entusiasmo en lo que creia hacer un servicio público, y en que fiaba algun título al aprecio de sus convecinos, se le negase ahora la publicidad para la cual tenia hechos ademas los gastos de láminas é imprenta, no pudiendo siquiera sospechar que ofreciese el menor inconveniente una obrilla tan inofensiva y agena de las materias políticas ó religiosas; y que se le negase, en fin, pura y simplemente sin decirle las razones, mas ó menos fundadas de semejante crueldad.–Por los pocos dias que habian trascurrido, se conocia claramente que motivos de animosidad personal, mas bien que causas suficientes en la misma obra (que no habia habido siquiera tiempo de leer), ocasionaban aquella negativa. Pero por otro lado ¿qué enemistad podia tener un jóven, hasta entonces no conocido en las letras ni en la política, aunque bien relacionado por su familia y su posicion acomodada é independiente? — Por fortuna no se desalentó, ni detuvo mucho en cálculos y consideraciones; antes bien dando por supuesta cualquiera intriga de escalera abajo, resolvió valerse de todas sus relaciones, de toda su actividad juvenil, para descubrirla y desbaratarla.—En consecuencia de ello visitó uno por uno á todos los consejeros de Castilla, desde el señor Puig Samper, gobernador del Consejo, hasta el señor Perez Juana, fiscal; desde el juez de imprentas señor Hévia y Noriega, hasta el relator señor Fernandez Llamazares; y haciéndoles una relacion verídica y enérgica del caso, y una indicacion del objeto y medios de la obra reprobada, vino á saber confidencialmente de aquellos señores, que ni tal censura, ni tal repulsa, habian sido cosas del Consejo, el cual ni siquiera habia visto la obrita; ni dádose cuenta de ella por el escribano de Cámara y de gobierno.—En obsequio de la verdad, debe consignar aquí el autor, que mereció de todos aquellos respetables magistrados la mas benévola acogida, especialmente del ilustrado y severo gobernador señor Puig de Samper, el cual llevó su complacencia hasta el estremo de pedirle el borrador y leerle todo, y despues de mil congratulaciones y espresiones lisonjeras para el autor, trazarle la marcha que debia seguir para pedir la revision por el Consejo, suponiendo la primera negativa, para no dejar en descubierto á los subalternos que habian intervenido en ella.—Aparapetado, pues, con esta proteccion, se presentó al siguiente dia con su alegato al escribano de Cámara, el cual afectó admirarse de la osadía de un jóven que se atrevia á reclamar contra las decisiones del Supremo Consejo de Castilla, y se propuso sin duda contestar con un «*Visto*» á tan inaudita pretension. Pero debió de ser grande su asombro, cuando acabado el despacho general de aquel dia, el mismo presidente le preguntó — «si tenia para dar cuenta de un pedimento del autor del *Manual de Madrid*;»—á lo que hubo de responder, no sin confusion, «que lo habia dejado en la escribanía.»—«Hágalo recoger y dé cuenta al Consejo inmediatamente»—dijo el gobernador; — y mientras el escribano salia á cumplir lo mandado, hizo aquel recto magistrado una breve reseña de la obra que habia leido, á sus compañeros, y de la supercheria de que habia sido víctima el autor; con que, y en vista del pedimento, y prévia una buena reprimenda al secretario, se acordó pasar la obra *con tres luegos*, en aquel mismo dia á censura del Ayuntamiento de Madrid; el cual la dió tan cumplida, que el Consejo acordó insertarla en la real cédula de licencia de impresion con otras espresiones altamente lisonjeras para el autor.—Pero en todo esto pasaron algunos meses y la obra no pudo ver la luz pública hasta fines de 1831. Verdad es que la buena acogida que obtuvo le recompensó de los sinsabores pasados, y no solo vió agotada en tres meses toda la primera edicion, sino que escuchó de boca del monarca, de los ministros y magnates de aquella época los mayores elogios y felicitaciones, recibió oficios laudatorios de las autoridades y corporaciones municipales, y tuvo el gusto de regalar personalmente un ejemplar á los que habian hecho una guerra miserable y oculta á su publicacion. No dice aquí los nombres de estas personas porque ninguno existe ya.

Sirva esta tercera nota al artículo de *Costumbres literarias*, para confesar el autor que en el párrafo á que se refiere anduvo sobradamente injusto respecto á la calificacion de infructífera para las letras que el giro de su discurso le movió á hacer de aquella época gloriosa de reaccion y entusiasmo literario.—Con solo citar los nombres de los señores *Toreno* y *Martinez de la Rosa*, *Argüelles*, *Miraflores*, *San Miguel*, *Marliani*, y otros no menos ilustres que se ocupaban en la historia política del pais; con solo recordar los de *Alcalá Galiano*, *Donoso Cortés*, *Pacheco*, *Borrego*, *Lasagra*, *Valle*, *Silvela*, *Olivan*, cuyos escritos tenian por objeto esponer y comentar los principios del derecho político, la economía y administracion; y con no mas que traer á la memoria los ya por entonces populares nombres de *Breton* y *Gil Zárate*, *el duque de Rivas*, *Roca de Togores*, *Hartzenbusch*, *Garcia Gutierrez* y *Rodriguez Rubí*, gloria y honor de nuestro teatro moderno; los de *Zorrilla* y *Espronceda*, la *señorita Avellaneda* y *Enrique Gil*, altamente célebres en nuestro lírico Parnaso; de *Escosura*, *Villalta*, *Navarro Villoslada* en la novela; del desgraciado *Fígaro*, *el Estudiante*, *Abenamar* y *Fr. Gerundio* en la sátira moral y política; y de tantos otros ingenios, en fin, de grande y merecida nombradía como por entonces brillaban en el palenque literario, hay lo suficiente para suponer el prodigioso movimiento intelectual desarrollado repentinamente en aquellos años agitados.

La fundacion del *Ateneo Científico* y la del *Liceo artístico y literario*, verificadas en 1835 y 36, fueron la señal de dar principio aquella época de regeneracion, de entusiasmo y de gloria. Las cátedras y discusiones de la primera de aquellas sociedades, las sesiones de competencia, representaciones y juegos florales de la segunda, ofrecian por entonces tan halagüeño y seductor espectáculo para las letras y para las artes, que parecia inconcebible la simultánea existencia de una guerra civil enconada y asoladora; y no solo produgeron enseñanzas útiles, para las ciencias de la política, de la administracion y de la literatura, no solo dieron por resultados obras estimables en todos los ramos del saber, sino que presentadas con un aparato y magnificencia sin igual, en suntuosos salones frecuentados por los monarcas, la córte, y lo mas escogido é ilustrado de la sociedad madrileña, escitaron hasta un punto indecible el entusiasmo y la aficion del público, realzaron la condicion del hombre estudioso, del literato, del artista, ofreciéndolos á la vista de aquel con su aureola de gloria, con su entusiasmo, sus frescos laureles, su doctrina en la boca y en la mano su libro ó su pincel.

Hoy, como ya decimos anteriormente, pasados aquellos momentos de ardiente fé y de sed entusiasta de gloria, la tendencia del siglo es á materializar los goces, á utilizar prosáicamente las inteligencias; por eso los liceos y las academias desaparecen; por eso los desamparan los autores, y corren á las redacciones de los periódicos políticos, á la tribuna ó á la plaza pública, para conquistar, no aquellos modestos é inofensivos laureles que en otro tiempo bastaban á su ambicion, sino los atributos del poder, y los dones de la fortuna.—De los nombres que arriba hemos traido á la memoria, casi todos figuran como ministros, embajadores, gefes políticos, diputados y publicistas, en opuestos bandos y alternando en diversas épocas: algunos como Espronceda y Larra, Villalta y Enrique Gil, han descendido prematuramente al sepulcro, y muy pocos como Zorrilla, Rubí y Garcia Gutierrez, han preferido conservar su independencia, y su nombre propio y glorioso, aunque sin la adicion de una triste escelencia, ni siquiera de una raquítica señoría.

Nota 20.

Casa de vecindad.—El ingenioso *don Ramon de la Cruz* que abasteció nuestros teatros a los fines del siglo pasado, de una rica coleccion de *sainetes* que aun hoy son preciosas joyas de verdad, de gracia y de *vis cómica*, presentó en varios de ellos el interior de una de esas casas *omnibus* que existen en Madrid, donde hallan colocacion centenares de familias de diversas condiciones y semblanzas, y que suelen dar que hacer á los alguaciles y caseros, y prestar argumento de sus cuadros á pintores y poetas. Señaladamente en el que tituló *La Petra y la Juana*, y que despues ha sido conocido y representado constantemente bajo el de *La casa de Tóca-*

me Roque, dejó aquel célebre ingenio un modelo de animacion teatral y de finísima observacion que en vano ha sido imitado despues. La tradicion recibida aplica aquel segundo título (no sabemos con qué motivo) á la casa que aun existe en la calle del Barquillo, señalada con el número 27 nuevo, y es propia del señor conde de Polentinos; pero á nuestro entender el autor no pensó fijar la escena en ella ni en ninguna otra determinada, sino tomar de todas las semejantes, aquellas condiciones y detalles respectivos que necesitaba para su cuadro. — Esta misma idea ha dirigido al autor de las *Escenas Matritenses* al delinear la que sirve de teatro al artículo de *El dia de toros*. — Conoce y tuvo presentes varias de estas casas de Madrid llamadas *Domingueras*, por las visitas dominicales que suelen hacer los caseros para percibir el alquiler; y entre otras, ademas de la ya citada de *Tócame Roque*, recuerda la del *Mundo nuevo*, la de la calle de la Paloma núm. 1.°, la de la calle de Hortaleza, número 39 (que hasta hace pocos años dejaba al descubierto su cuadrado patio y corredores), la llamada del *Pastor* en la calle de Segovia, que por el desnivel del terreno ofrece la circunstancia de salir desde el piso segundo por esta calle al plano ó bajo por la del Alamillo, y otras asi; y tomando de cada una lo que le pareció conveniente á su pintura, construyó mentalmente la suya y la colocó en los barrios de San Lorenzo para desorientar á los investigadores (si los hubiera) de la parte topográfica de estas *Escenas*.

Nota 21.

El Cesante. — En este artículo, á pesar de los contrarios propósitos del autor, se descubre ya la necesidad que le obligaba á tomar en cuenta las variaciones que en caractéres y costumbres habia ocasionado la revolucion y sus consecuencias. Para ello le pareció conveniente reproducir en la escena algunos de los personajes que en situacion bien diferente habia ofrecido al público; y el antiguo empleado rutinero y mecánico, tranquilo y descuidado en *El dia 30 del mes*, aparece ya en la anómada condicion de *cesante*, y miembro exótico de una nueva organizacion social.—Para diseñar á aquel en su primero y apacible periodo bastáronle al pintor los mas modestos y aun pálidos matices de su paleta; para pintar á este reducido á la muerte civil, en presencia de una sociedad nueva y agitada, necesitó pedir colores, buscar modelos, formas y estilo á esta misma sociedad; y el lector que se tome el trabajo de comparar el uno con el otro cuadro, no podrá menos de convenir en lo brusco de la transicion y establecer mentalmente el paralelo de 1832 con 1837.

Nota 22.

El duelo se despide en la iglesia. — Mucho, es verdad, han variado las costumbres de Madrid en este punto. Al abandono y desden con que por lo general se procedia á la inhumacion de los cadáveres, ha sucedido un aparato y ostentacion que, si no prueba mayor grado de cariño y ternura hácia aquellos que desaparecen de entre nosotros, dicen al menos la vanidad mundana, y el orgullo de la generacion que les sobrevive. Aquello, en los términos que se describe y satiriza en el artículo de *El Duelo*, era ciertamente vituperable y repugnante; esto, en los que quieren hoy la moda y el lujo de las clases acomodadas, viene á ser ya el estremo contrario de exageracion y de ruina.

Cabalmente en los momentos en que se ocupaba el autor de censurar aquella antigua costumbre, se inauguraba la nueva con una ocasion tristemente célebre, la de la desgraciada muerte del malogrado escritor don Mariano José de Larra (Fígaro). — Sus amigos y apasionados (en cuyo número se contaban todos los hombres políticos, los literatos y artistas), sin tomar en cuenta mas que su gran mérito literario, y no de modo alguno la exaltacion criminal que le habia conducido al sepulcro, improvisaron en la tarde del 17 de febrero de aquel año una fúnebre comitiva para conducirlo desde su casa, calle de Santa Clara, núm. 3, al cementerio de la puerta de Fuencarral; y colocándole en un carro triunfal, adornado de palmas y laureles al rededor de sus obras sobre el féretro, siguieron á pie con religioso silencio y compostura los restos mortales de aquel que en un acto de insensato delirio acababa de apagar la antorcha de una brillante existencia. Reunidos luego en torno de su sepulcro, improvisaron discursos apasionados y bellas composiciones poéticas, despidiéndose del amigo, del escritor y del poeta; y allí mismo, sobre la tumba de aquel raro ingenio, proyectó su primera luz el astro brillante de *Zorrilla*, el primero de nuestros poetas líricos, apareciendo por primera vez á nuestros ojos á la temprana edad de veinte y un años.

Despues de aquel primer solemne y público acompañamiento fúnebre, se verificaron otros con sugetos mas ó menos notables, entre los cuales recordaremos el del inspirado poeta don José de Espronceda; el del gran orador don Agustin de Argüelles; el del presidente del Congreso, marques de Gerona; el del héroe de Zaragoza, el general Palafox; é introduciéndose esta costumbre desde los altos magnates y celebridades políticas ó literarias en todas las clases acomodadas de la sociedad, hoy es el dia en que por tributo indispensable pagado mas que á la buena memoria de los que mueren, á la vanidad de los vivos, hay que añadir al coste de un magnífico funeral con grandes músicas, iluminaciones y túmulo, el que ocasiona la solemne traslacion del cadáver en un elegante carro fúnebre, precedido de los pobres de San Bernardino, con hachas encendidas, y seguido del clero y los convidados, ó por lo menos un centenar de coches vacíos, mas ó menos blasonados, con los lacayos de grande librea, guante blanco y sendas hachas apagadas en las manos. — Llegados al cementerio (que tambien hemos dicho haberse decorado ya con mas lujo) es de cajon el que uno ó mas personajes de la comitiva tomen la palabra, y prorumpan en un discurso fúnebre, un epitáfio hiperbólico, y hasta una alocucion política mas ó menos intencionada. Hecho lo cual, los concurrentes se vuelven á sus carruajes, y se dirigen á la Bolsa, al Congreso, á sus visitas, ó al Prado; los lacayos revenden al cerero las hachas y van á guardar sus libreas de lujo hasta que vuelva á lucir otro buen dia «en que acompañar á algun señor al cementerio!».

Nota 23.

El Romanticismo y los Románticos. — El mérito de este artículo (si es que alguno tiene) fue sin duda el de la oportunidad, y el osado atrevimiento del autor en darle á luz en los momentos en que la nueva secta *Hugolatra* dominaba toda la linea del uno á otro estremo de la república literaria.-Ya hemos recordado el ferviente entusiasmo, la asombrosa vitalidad que por entonces ofrecian en nuestra capital las imaginaciones juveniles y la energia que prestaban á su desarrollo la revolucion política, la revolucion literaria, y la creacion de la tribuna de los periódicos y de los Liceos.—Era un momento de vértigo y de exageracion, aunque fecundo en magníficos resultados.-A las modestas y filosóficas comedias de Moratin, Gorostiza y Breton, habian sustituido en nuestra escena los apasionados dramas de *El Trovador*, *Los Amantes de Teruel*, y *La fuerza del Sino*. Espronceda y Zorrilla con su robusta entonacion, elevadas imágenes y florido estilo, habian arrinconado la lira antigua de Garcilaso y de Melendez, las anacreónticas y églogas, los madrigales é idilios, los pastores y zagalas.-Con ellos habian enterrado los preceptos de Aristóteles y de Horacio, de Boileau y de Luzán; Shakespeare, el Dante y Calderon, eran las nuevas divinidades poéticas; y Victor Hugo su gran sacerdote y profeta.—¿Quién podria negar justamente el tributo de entusiasmo y admiracion al autor de *Nuestra Señora de París* y de *Lucrecia Borgia*, de las *Orientales*, y del *Angelo*? ¿Quién resistir al impulso de la época que agitando y conmoviendo todas las imaginaciones, todos los talentos, en política, en ciencias, en literatura y artes, les presentaba nuevos y dilatados horizontes de porvenir y de gloria?

Aquella exaltacion, sin embargo, rayó breves momentos en un punto ridículo, y estos momentos oportunos fueron los que con no poca osadia escogió para castigarle el autor de las *Escenas Matritenses*, llegando su valor hasta el estremo de leer su composicion en el mismo Liceo de Madrid centro de las nuevas opiniones, y magnífico palenque de sus mas ardientes adalides.

Por fortuna hizo asomar la risa á los lábios de los mismos censurados, y en gracia de ella, y en prenda tambien de su buena amistad, le perdonaron sin duda aquella festiva y bien intencionada fraterna. — Hubo, sin embargo, algunos pérfidos instigadores de mala ley, que achacando al autor intenciones gratuitas de retratar en sus líneas á algunos de nuestros mas peregrinos ingénios, procuraron indisponerle con ellos y hacerles tomar, por aplicaciones á su persona, los rasgos generales con que aparecia presentado al público el tipo del poeta romántico; pero el grande y verdadero talento de aquellos les hizo conocer no solo la inesactitud de tal supuesto, sino la buena intencion del autor y la rectitud de su juicio literario. Algo cree haber contribuido á fijar la opinion

hácia un término justo entre ambas exageraciones clásicas y románticas: por lo menos coincidió su sátira con el apogeo de la última de estas, y desde entonces fue retrocediendo sensiblemente hasta un punto racional y admisible para todos los hombres de conciencia y de estudio. Ademas dió la señal de otros ataques semejantes en el teatro y en la prensa, que minando sucesivamente aquel ridículo de bandería, acabó por hacerle desaparecer y que fructificasen en el verdadero terreno de la razon y del estudio, talentos privilegiados que han llegado á adquirir en nuestro parnaso una inmortal corona.

Nota 24.

Las sillas del Prado.—Este artículo, escrito por el autor para ser publicado, como lo fue, en la *Revista de Madrid*, que dirigia á la sazon el señor don Juan Donoso Cortés, tiene decididamente el sabor político que convenia á aquella publicacion y se desvia bastante del propósito firme del autor de no rozarse con las costumbres que apellida *charlamentarias* de la época.—Sucedió con este artículo una cosa muy notable, pero que no pasó desapercibida para el autor. —Leido por él, como casi todos los anteriores, en el Liceo, ante su público favorito, ó mas bien favorecedor, compuesto de literatos, artistas y aficionados, de ambos sexos, fue recibido con frialdad, sin duda porque su título de las «Sillas del Prado» y los antecedentes bien conocidos del autor, prometian á la concurrencia una escena de buena sociedad, risueña, modesta y agena de toda tendencia política; pero publicado despues en la ya dicha Revista, obtuvo tan favorable acogida de los hombres políticos que la leian (y á cuyos oidos llegaba sin duda por primera vez el nombre del *Curioso Parlante*), que recibió por él las mas cordiales felicitaciones de encumbrados personajes, fue reproducido en los periódicos de toda España y de América y colocado su autor en una categoría á que no aspiraba. Esta brillante acogida recibida en el campo político militante, hubiera hecho titubear y acaso abandonar el pacífico de las costumbres privadas á cualquiera otro que no tuviera tan marcada aversion á aquellos triunfos ruidosos; pero el autor de las *Escenas* tuvo presente la leccion que le habia dado su público favorito, y se apresuró á volver á su modesto estilo, aun á riesgo de pasar de incógnito ante las altas *y sublimes inteligencias*.

Nota 25.

Una junta de cofradía. — Pudiera tomarse por una segunda escursion ó ligero escarceo del autor en el campo de la política el artículo ó composicion que da lugar á esta nota. Pero para alejar de sus lectores aquella idea, acompañó su publicacion con la siguiente muletilla. «El »objeto de esta composicion déjase ver que es atacar el »abuso que en reuniones insignificantes y para tratar los »asuntos de menor valía, suele actualmente hacerse del »lenguaje y fórmulas parlamentarias. Bajo tal aspecto, »entra este ridículo en la jurisdiccion del escritor, que »festivamente y sin acrimonia pretende corregir pintan»do las costumbres de la sociedad contemporánea. Este, »es, pues, su verdadero punto de vista, y por tanto, »trabajo será escusado el de aquel lector suspicaz que »intente andar buscando en este escrito alusiones mas »hondas. El autor protesta de antemano contra toda »maligna aplicacion y repite aquí lo que en varias oca»siones ha dicho en los ocho años que hace que escribe »de costumbres, á saber: *que no es política su mision »sobre la tierra.*

A pesar de esta protesta espontánea y veraz, parte del público lector dió en el achaque de buscar el original sublime de aquella junta de maestros de obra prima ocupados en reformar su ordenanza (1837), con sus discursos hiperbólicos, sus programas, sus interpelaciones, alusiones, enmiendas, votos, y su magnífico aparato teatral. El autor modesto y limitado en su objeto, solo respondió por entonces á los que le achacaban otras tendencias. — ¿No conocen Vds. que si hubiera *querido decir* eso que Vds. piensan, lo hubiera dicho?

Nota 26.

La Guia de forasteros. — Con este artículo, publicado en los primeros dias de 1842, dió por terminada el autor la segunda série de la festiva revista de nuestras costumbres contemporáneas, que durante diez años justos y al traves de las agitaciones políticas continuó ofreciendo á sus benévolos lectores y recibiendo en cambio las pruebas mas sínceras de su afecto y simpatía. Plenamente satisfecho con ellas, sin ambiciones á que ceder, odios ni envidias que sustentar, procuró ante todas cosas hacer que los modestos trabajos de su pluma, cuando no por su escaso mérito literario, fuesen dignos del aprecio público por la rectitud de su intencion, por la moralidad de su pensamiento, la verdad y el decoro de la forma y el estilo. Si consiguió ó no acercarse en lo posible á aquellas condiciones necesarias á su entender á toda obra literaria, el público y no el autor era el único juez competente; y el público con su benévola acogida parece haber sentenciado en favor. — No ambicionó el autor mayores lauros ni pomposos elogios literarios. Sabia muy bien que no los merecia, y que aun cuando llegase á merecerlos, no los obtendria su insignificante persona de manos de aquellos que por su alta posicion social, literaria ó política, estaban en el caso de dispensarlos. Ocupados mas útilmente en labrar su propio pedestal, ó en tejer sus propias coronas, y absorbida ademas su atencion y suprema inteligencia en las combinaciones políticas en que por lo regular jugaban un principal papel, necesariamente debia pasar desapercibida á su vista una obrilla modesta, inofensiva, y escasa de pretension y de mérito literario. — Ni tiempo siquiera podian dedicar á su lectura, engolfados como lo estaban en sus parlamentos y ministerios, en sus cátedras y periódicos, en sus academias y ateneos. Así que á escepcion de los señores *Lista* y *Hartzenbusch* que tuvieron la bondad de dedicar á las Escenas Matritenses dos artículos insertos, el primero en la Gaceta de Madrid, y el segundo al frente de la cuarta edicion de esta obra, ninguna otro análisis crítico, ninguna otra recomendacion de valía viniendo de la pluma de nuestras notabilidades políticas ó literarias, pudo inspirar al autor motivos de insensato engreimiento, ni dar al público la razon por su espontánea y generosa simpatía.—En este punto mas favor ha merecido aquel de los críticos estranjeros, y singularmente (y aprovecha la ocasion de consignarles aquí la espresion de su agradecimiento) de los señores *Jouy*, de *Balzac*, *Th. Gauthier*, *G. Deville*, *Xavier Durrieu*, *Ch. Mazade*, *Philarete de Challes*, *Fauriel*, *Chalamel* y *G. d'Alaux*, que en diferentes artículos críticos insertos en la *Revue des deux mondes*, *Revue de Paris*, *Correo de Ultramar*, y *Recuerdos de viajes*, han consignado elógios inmerecidos á las Escenas, traducido y comentado varios de sus artículos; de los señores *Dickens* y *Ford*, ingleses; *Wolf*, aleman, y *Wasingthon Irving*, anglo-americano, que por escrito ó de palabra le han manifestado su aprecio; de la prensa de Nueva-York, Lima, Caracas, Valparaiso, Méjico y la Habana, que al reproducir aquellos ya en las columnas de sus periódicos, ya en colecciones, los han acompañado con un exagerado encómio; y sobre todo al público español, que en diez años ha consumido cinco ediciones copiosas de esta obrilla desvalida.

Nota 27.

Apéndice. — Tratando de dar alguna novedad á la presente edicion de las Escenas, me propusieron los señores Gaspar y Roig, sus editores, que aumentase por via de apéndice algunos de mis artículos de costumbres escritos en distintas ocasiones, y deseoso de complacerlos, di un vistazo por mi revuelta mesa de escribir, sacudí el polvo de diez años de sus cartapacios, recogí trozos de papeles añejos y de trabajos en embrion, y á vueltas de cien memorias y proyectos concejiles, de asociaciones literarias, ó de juntas de beneficencia, pude reunir esas cuantas obrecillas de mala prosa y peores versos, que en distintos sitios y períodos vieron la luz pública, partos de mi pobre ingenio y mal cortada péñola, y que por su objeto y argumento tienen ó pueden tener íntima relacion con las *Escenas Matritenses*, ó sea la pintura de costumbres de nuestra sociedad. Hubiera deseado tambien dar cabida entre ellas á los dos artículos que escribí para la obra titulada *Los Españoles pintados por sí mismos*, y son los que llevan los títulos de *La Patrona de huéspedes*, y *El Pretendiente*; pero los editores, señores Gaspar y Roig, me hicieron presente que acababan de publicar esta obra, *en su Biblioteca ilustrada*, y que seria acaso mal tomado por los suscritores el recibir de nuevo algunas de sus páginas. Otros varios pudiera haber hallado con mas tiempo ó mas deseo de engolfarme en antiguos mamotretos, pero no creo estar en el caso de abusar por mas tiempo de la paciencia del lector, ni de exhumar para ello borrones que dió al olvido, y que yacen justamente en él.

Nota 28.

La Plaza Mayor. — Despues de escrito y publicado este artículo en 1845, volvió á ser la Plaza teatro magnífico de suntuosas fiestas reales, con motivo de las bodas de S. M. la reina y señora infanta doña Luisa Fernanda.

Presentes están en la memoria de todos los habitantes de Madrid el deslumbrador aparato, la animacion y la alegría que presentó esta hermosa fiesta en las corridas de toros de los dias 16, 17 y 18 de octubre de 1846. Suntuosamente decorada con ricas colgaduras de grana y oro, henchidos sus balcones, gradas y tablados de una inmensa concurrencia al frente de la cual se brillaban en primera línea los augustos novios, la reina madre y señores infantes, los duques de Montpensier y de Aumale, las régias comitivas, y todo lo que la córte encierra de mas brillante; ademas del inmenso número de forasteros, entre los que se contaban los célebres escritores franceses *Alejandro Dumas*, *A. Maquet*, *A. Achard*, *Theofile Gautier*, *Michel* y otros varios que consignaron pomposas descripciones en los periódicos estranjeros, reflejaba dignamente el antiguo poderío y grandeza de la córte de dos mundos. Tambien la bizarría y denuedo de los lidiadores y caballeros en plaza, y en especial del héroe de la fiesta el capitan *don Antonio Romero*, que quebrando el rejoncillo dejó varios toros muertos á sus pies, colocaron en muy alto punto la proverbial fama del valor español, dieron á los propios y estraños un espectáculo completamente caballeresco y nacional.

Concluidas aquellas reales funciones, y habiéndose de reponer el empedrado de la Plaza, el ayuntamiento determinó disponerla en mas elegante forma, dejando en el centro una esplanada elíptica, circundada de bancos y faroles, y al derredor por una calle adoquinada, para el paso de coches y cómodas y anchas aceras del lado de los portales; y en el centro de aquella se colocó sobre un alto pedestal la estátua ecuestre en bronce del rey don Felipe III, que concluyó esta plaza en 1619.

Nota 29.

Contrastes. — *Tipos perdidos, tipos hallados.* — Por los años del 43 al 45, bullia en la mente del autor el continuar en una *tercera série* la revista de costumbres contemporáneas, y para hacerla mas picante y sensible el contraste de las presentes con las pasadas, ideó oponer á cada uno de los tipos que ha producido la moderna organizacion del pais, otro de los análogos en influencia que presentaba la antigua; idea que si hubiera alcanzado á desempeñarla bien, parecíale que realizaba completamente su objeto. Pero cuando empezaba á borrajear papel y á formular su pensamiento, apareció el prospecto de *Los Españoles pintados por sí mismos*, y fue invitado por su editor, el señor *Boix*, para tomar parte en la redaccion de aquella obra notable. Tomóla en efecto, en los dos artículos titulados *La Patrona de huéspedes* y *El Pretendiente*, y al terminar dicha obra aplicó á su final el boceto de la nueva que se habia propuesto escribir, y bajo el título de *Tipos perdidos, tipos hallados*, publicó el que actualmente coloca en lugar mas propio para terminar la coleccion de sus *Escenas*.

Nota 30.

Poesías. — «*De la prosa de vuesa merced, señor Miguel »de Cervantes, se puede esperar mucho; de sus versos »poco.*» Así decia un librero al príncipe de los ingenios españoles, y esto mismo (salvas las distancias) se dijo á sí propio el autor de las *Escenas Matritenses*. Y no porque en todos tiempos, y especialmente en su primera edad juvenil, le faltase una buena dósis de inclinacion á cultivar el lenguaje de las musas; no porque arrastrado por ellas dejase de consignar su ardiente deseo de conferir con ellas, y de pulsar atrevidamente las cuerdas de una lira mal templada; sino porque en medio de sus numerosas tentativas, y por consecuencia de sus débiles ensayos, llegó á convencerse plenamente de que no habia recibido del cielo aquel fuego sagrado de la inspiracion y el entusiasmo, que no pueden suplir jamas en las composiciones poéticas la correccion de la forma, el estudio é imitacion de los buenos modelos. — Mucho tiempo, sin embargo, hubo de trascurrir para convencerse sinceramente de esta verdad y para hacerle renunciar á sus aspiraciones poéticas: muchas composiciones mas ó menos tales, salieron con esfuerzos y ahogos de su incorrecta pluma: y como la escuela de entonces, clásica y compaseada, recetaba las cualidades propias á cada género, endosaba á sus discípulos el traje apropiado á cada situacion, vistió pellico y empuñó cayado para entonar sus *églogas*, *idilios*, y *madrigales*, al son del cáramo pastoril; coronó su cabeza de pámpanos para prorumpir en *Anacreónticas* y *cantilenas*; de hiedra y de ciprés para salmodiar fúnebres *elegías* y *endechas*; pidió á Apolo para sus *ódas* el estro y el fuego celestial, al sol sus rayos, á la luna su plateado disco, y á las estrellas su trémulo fulgor; ajustó esactamente á las catorce líneas cien conceptos alambicados en estudiados *sonetos*; martirizó el pensamiento en cien *glosas*, *ovillejos*, *décimas*, *acrósticos* y coplas de *pie quebrado*. Cantó amores, lamentó ausencias, rabió celos, derramó lágrimas, y lanzó imprecaciones ó cubrió de flores los altares de *Filis* y *Corinas*, mas ó menos fantásticas, prosáicas ó materiales. Hasta que mas entrado en años, y dado lugar en su mente á la calma de la reflexion, y al estudio verdadero de sus facultades, reconoció con dolor que en todas aquellas poéticas composiciones no habia asomos de poesía, esto es, de aquella originalidad y altivez de pensamiento, de aquel levantado estilo que caracterizan al poeta creador y verdaderamente inspirado; y recogiendo y colgando en un rincon su prosáico laud que tomára hasta allí por dorada y armoniosa lira, cogió un fósforo, arrimólo á toda aquella papelería de mal pergeñados trovos, y dió con ellos ó sus cenizas en el carro de la limpieza. Por fortuna ó por desgracia salvaron de aquel despiadado *auto de fé* tales cuales composiciones vergonzantes, tales cuales romances, letrillas ó epigramas que por lo fugitivos, alegres y desnudos de poética pretension, pueden hallar acogida ante un público benévolo y fácil de contentar; y en descargo de sus culpas, y en testimonio de su reconocida nulidad, se permite el autor estamparlos aquí.

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE MADRID · BIBLIOTECA

INDICE.

PRIMERA ÉPOCA.

(1832 á 1836.)

Pág.

Prólogo 3
Las costumbres de Madrid. 5
El retrato. 6
La calle de Toledo. 8
La comedia casera. 10
Las visitas de dias. 13
Los cómicos en Cuaresma. 15
La romería de San Isidro. 17
La empleo-mania 19
Un viaje al sitio. 20
El Prado. 23
Las casas por dentro. 26
1802 y 1832. 28
Los aires del lugar. 30
El paseo de Juana. 32
El dia 30 del mes. 34
El amante corto de vista. 35
Las tiendas. 38
El barbero de Madrid. 40
Las ferias. 41
Grandeza y miseria. 43
El Campo Santo. 46
Pretender por alto. 47
La político-manía. 50
El aguinaldo. 52
Las tres tertulias. 53
El estranjero en su patria. 56
La capa vieja y el baile de candil. 58
Las niñas del dia. 60
El dominó 62
La compra de la casa. 65
Los paletos en Madrid. 66
La filarmonía. 68
Policía urbana. 70
El dia de fiesta. 72
La casa á la antigua. 76
La casa de Cervantes. 78
La vuelta de París. 80
La procesion del Corpus. 83
El Diario de Madrid. 86
Paseo por las calles. 89
El patio de Correos. 91
Las casas de baños. 93
El sombrerito y la mantilla. 96
A prima noche. 98

SEGUNDA ÉPOCA.

(1836 á 1842.)

El observatorio de la Puerta del Sol. . . . 101
Mi calle. 102

Pág.

El salon de Oriente. 104
Costumbres literarias. 105
El dia de toros. 109
Una visita á San Bernardino. 113
El Cesante 116
El duelo se despide en la iglesia. 119
El alquiler de un cuarto. 122
El romanticismo y los románticos. 124
El coche simon. 128
La almoneda. 132
Hablemos de mi pleito. 135
Madrid á la luna. 138
La Bolsa. 142
Antes, ahora y despues. 145
Requiebros de Lavapies. 150
Una noche de vela. 151
De tejas arriba. 155
Las sillas del Prado. 160
El teatro por fuera. 164
La esposicion de pinturas. 167
El recien venido. 170
Una junta de cofradía. 174
El martes de Carnaval ó el entierro de la sardina. 177
La posada ó España en Madrid. 181
El espíritu de asociacion. 187
Tengo lo que me basta. 190
Al amor de la lumbre ó el brasero. 193
Inconvenientes de Madrid. 195
Los jardines del Retiro. 199
Las traducciones. 201
La Guia de forasteros. 202

APÉNDICE.

Cuatro para un hueso. 206
El gaban. . . . . id.
Música celestial. 208
La plaza Mayor. 209
Contrastes, tipos perdidos, tipos hallados. . 213

POESIAS FESTIVAS.

El poeta y su dama. 223
No sé si me esplico, letrilla. . . . . id.
Una beldad parisiense. 224
La carga concejil. 225
Cuentos. 226
Epígramas . . . . . id.
Los misterios de Madrid. 227
La cuaresma. 228
Un hombre independiente. 229
Notas. 231

INDICE.

DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID BIBLIOTECA

LOS ESPAÑOLES

PINTADOS

POR SÍ MISMOS.

Adornada con cien láminas.

PROLOGO.

Mr. Daguerre mismo no previó seguramente en toda su extension las consecuencias de su prodigioso invento. Orgulloso con haber encerrado al Sol á trabajar en su camara oscura, en lo que ménos pensó probablemente fue que en el discurso de algunos años se habrian hecho mas retratos que hasta aquel dia desde lo que los sábios historiadores de todas las edades llaman *tiempos primitivos*, sin sospechar (dicho sea de paso) que puedan ser de otros *derivados*.

Suprímase por una parte esa época en que la sociedad mamaba todavia; suprímase la subsiguiente, en que solo se trata de saltar y correr; suprímase la que haya tardado en tener la idea de pintar y la vanidad de retratarse; suprímase, en fin, el tiempo que haya empleado en aprender el oficio, y se convencerá cualquiera de que desde Mr. Daguerre acá se han hecho mas retratos que *ab initio mundi*, como dicen tambien los teólogos.

Acabará de persuadirse si por otra parte piensa que este es el siglo de los grandes sucesos y de los hombres grandes, en que hay *especialidades* para todo, hasta *para pantalones*.

En otro tiempo solo se retrataban los reyes para presidir las sesiones de los concejos; y los enamorados por vivir pared por medio con el corazon de su dulce dueño. Pero ahora *todos se reproducen* (hablamos artísticamente): el rey y el pechero, el viejo pergamino y la nueva vitela; el general que *gana* victorias y el que es *ganado*, oficio que siempre gana; el diputado que habla y el diputado que calla, género de elocuencia no bien cultivado hasta nuestros dias; el ministro que se sacrifica por el bien del pais hasta que lo destituyen; el cantante y la bailarina que pisan oro y diademas mientras el compositor roe su pedazo de miseria en medio del público en quien *hace furor*; el escritor, el magistrado, el tendero; todos, en fin, se retratan porque no falte á la posteridad cuando quiera escribir la historia de nuestra edad, la *vera efigies* de esos gloriosos obreros de la moderna civilizacion.

Ese prurito pictórico, amigo lector, es quien hace que hoy se vean las esposiciones infestadas de retratos; quien coloca en la portada, aunque sea de una cartilla, el de su autor, con el facsímile al pié; quien ha creado el nuevo oficio de los retratistas al daguerrotipo, que imita á la política poblando esas calles de caras dobles; quien en fin, ha inspirado este libro de Los Españoles pintados por sí mismos.

Ningun otro pueblo ciertamente merecia tanto el ser pintado como el español, porque ningun otro es tan numeroso y variado en sus tipos, ni tan original. ¿Dónde hallaríais un torero? ¿donde un gitano como el español? ¿un contrabandista como el andaluz? ¿una manola como la madrileña? En ninguna parte; y si hubiésemos tardado algo mas en pintarnos, ni en España mismo, porque la sociedad entera se está rejuveneciendo y la moda francesa nos ha ido desnudando pieza por pieza para vestirnos al instable capricho de ese pueblo, que así arroja un rey una mañana al canal de la Mancha como se quita una camisa y la echa á la ropa sucia.

Yo no digo que en esto haga bien ni mal el pueblo español y la sociedad entera. Si lo hace, sus razones tendrá para ello. Lo que digo es que vamos perdiendo todas las facciones de aquella fisonomia especial que nos distinguia de los demas pueblos de la tierra, y que dentro de poco será preciso exclamar con el poeta:

« No busques en Roma á Roma ¡oh! caminante. »

La España tradicional, la España de nuestros abuelos, tendrán entónces que venir á buscarla nuestros nietos y los extrangeros en este libro, en que están Los Españoles pintados por sí mismos.

EL TORERO.

En España el torero es una planta indígena, un tipo esencialmente nacional. Y decimos nacional, no porque todos los españoles espongan el *bulto* ó sean *diestros*, sino porque es el pais donde desde la mas remota antigüedad se conoce el *toreo*, y donde únicamente germina y se desarrolla la raza de los *chulos* y *banderilleros*. Hay quien asegura que los romanos introdujeron los espectáculos de tauromáquia en España poco despues de la conquista; pero á lo mas podrán ser una derivacion de las fiestas de los hijos de Rómulo, en cuyos circos se admitian todas las fieras útiles para la lucha con los hombres condenados á perecer sobre la sangrienta arena del anfiteatro. No era ciertamente el gallardo toro la fiera destinada entónces para ejercer el oficio de verdugo que tan bien desempeñaban los leones, tigres, osos y panteras; y por esta razon, y por el silencio que guardan los historiadores contemporáneos, es de suponer que no fueron los romanos los primeros adalides del *toreo*. Con mas fundamento puede creérsele originario de los

El Torero.

árabes andaluces y de los galantes caballeros de la edad media, porque es sabido que estos y aquellos corrian *toros* y *cañas*, donde como en los torneos ostentaban su destreza y bravura delante de la belleza y de lo mas lucido de la corte. Y aquí si que los toreros de la edad presente pueden, si no lo han por enojo, envanecerse con su arte por lo remoto de su origen, y decir á los que por su susceptibilidad consideran esta profesion como deshonrosa, que por espacio de muchos siglos fue egercida por lo mas *entonao* y *lusio* de la corte española.

Nada menos que el ilustre D. Rodriguez Diaz de Vivar, el famoso Cid Campeador está á la cabeza de los toreros mas *cruos* y de mas empuje que se han conocido, por haber sido el primero que mató de una lanzada un toro en la plaza de Valencia. Desde el siglo XI empezó á generalizarse esta diversion, y á hacerse casi esclusiva en los grandes acontecimientos: en las plazas de las capitales donde estaba la corte: en los campamentos se alanceaban toros con el mayor entusiasmo por la gente de sangre azul, y hasta los monarcas descendieron muchas veces del trono para habérselas en la arena con los coronados *vichos* del Jarama y Guadalquivir. Grande fue la simpatia que tales espectáculos encontraron en el pueblo español, y muchos los vítores y aplausos que recogieron los ilustres toreros de todas las épocas, á pesar de que hasta á mediados del siglo XVII no se le pusieron al arte de torear los andadores. Antes no se conocian la *vara de detener*, ni los *rehiletes*, ni el *estoque*, ni las vistosas suertes que despues se han inventado; y como para lidiar toros no se necesitaba mas que un buen caballo, una lanza con su *puya* de á tercia y valor hasta la temeridad; de aquí las repugnantes cuanto sangrientas escenas que se presentaban en el *cerco*, en el que eran muy frecuentes las *cogidas*, ó bien se atravesaba á lanzazos por donde primero se podia al *pobre animalito*, ó se le desgarretaba de alguna furibunda cuchillada. Podemos decir que hasta la época citada estuvo el arte en mantiltas, y desde aquí en adelante le vemos crecer y desarrollarse portentosamente, sustituyendo á la ignorancia y barbárie la inteligencia y el verdadero valor. El toreo de á pié principia á hacer notables adelantos: se ordenan los *peones* en cuadrillas, se usa del *harpon*: se *rejonea* y *parchea*, despues se *meten pares*, y finalmente se mata cara á cara con el *estoque y muleta*, suerte inventada por el famoso torero Curro Romero *el Rondeño*, que fue el primero que la ejecutó. Dejemos, pues, á los ilustrísimos toreros de la antigüedad, que por mas que hayan sido los primeros, no pasan de ser unos picadores de mala ley, montados en caballos de batalla y lanza en ristre, dando con ventajas y sin reglas mucho *castigo* á las reses, y vengamos ya á la época en que el torero es ya torero, que no es ilustrísimo sino del pueblo, y que no torea solamente por lucimiento y aficion, sino por interés y por oficio.

Como la tarea que se nos ha encomendado se reduce únicamente á tratar del *torero*, no molestaremos mas á nuestros lectores con la relacion histórica de los espectáculos de toros, y nos ocuparemos de un tipo tan especial, considerándolo primeramente bajo de un punto de vista general, y despues, y con separacion, bajo el de las principales especies en que suele dividirse.

La educacion artística del Torero en general principia en el campo entre las numerosas vacadas que se apacentan en todas las provincias de este privilegiado pais, y en los mataderos de todas las ciudades. Los primeros por su vida salvage y campesina por el frecuente trato con los *vichos*, adquieren una constitucion robusta, bien trabada y gigantesca, se identifican con aquellos cuanto es dable á una criatura con un bruto, y se les ve luchar y acostumbrarse á *derribar* y á *tomar por delante* dando algunos *puyazos* en las *tientas* á los becerrillos. Los segundos, ó lo que es lo mismo, los alumnos de los mataderos, se ensayan con las vacas mas revoltosas, ya enlazándolas con la *guindaleta* en los corrales, como lo hemos visto en algunos de aquellos en Andalucia, ya *trasteándoles* cuando una vez enmaromadas *viajan* por el patio, ó ya parodiando *los recortes y galleos* ántes de citar la res á la columna para recibir el *puntazo*. Los primeros por las razones que hemos espuesto, son mas á propósito para picadores: dirigen tal cual el caballo: tienen el *bulto* á prueba de *encontronazos;* y finalmente, mas *poér pa manejá el palo* que los segundos, que por la ligereza que adquieren y por las suertes que pueden

practicarse en un matadero, suelen ser mas útiles para la clase de peones. Generalmente hablando, este es el bautismo tauromáquico que recibe el *diestro* ántes de dejarse crecer la coleta ó trencilla para sujetar la airosa moña: estos los principios, únicamente de práctica, con que algunos se presentan en las plazas de segundo y aun de primer órden, de las que es muy frecuente verlos salir para el campo santo, cuando no estan dotados de facultades naturales para comprender la teoria del arte sobre el terreno. Repetimos que hablamos en un sentido general, y que no incluimos entre esta gente á aquellos que han recibido una educacion teórico-práctica mas completa en la única escuela de tauromáquia, fundada por el último Rey en la hermosa Sevilla, de la que han salido, aunque pocos, muy aventajados lidiadores, y que en fuerza de sus conocimientos han cambiado estos sangrientos espectáculos en funciones de divertido entretenimiento.

El Torero siempre es andaluz: es cualidad indispensable cuya sola posesion asegura al neófito un puesto delante de la fiera, y ser reputado desde luego como apto y conveniente para el oficio. Con ser andaluz se adelanta la mitad del camino; porque la santa costumbre ha vinculado este ejercicio entre los garbosos hijos del Bétis, y por eso los valencianos, manchegos, murcianos ó estremeños que se dedican al

chos que ni *piés* ni *cabeza* y pocos que reunen á la vez *cabeza*, *corazon* y *piés*, es decir, inteligencia, valor y ligereza, forzoso será dividirlos en cuatro clases, especies ó secciones, para mayor claridad, y denominaremos á los de la primera, Toreros *bravucones:* á los de la segunda de *sentío:* á los de la tercera *abantos*, y por último á los de la cuarta de *buentrapio*. Y contad, toreros del alma, paisanos nuestros, que al aplicaros el nombre que vosotros le dais al *ganao*, no vayais á creer que es por consejo de alguna mala alusion, por aquello de las *cuatro orejas*. ¡Ná de eso! no hay que *amoscarse*, camarás: nosotros no nos metemos en la parte física del *testud*, tan solo diremos, si decirse puede, que las prendas morales de los *vichos* están muy *arrimás* á las vuestras, con la mejor intencion y buen deseo entramos en este berengenal, del que vamos á ver si empezamos á salir con el ayuda de

EL TORERO BRAVUCON.

Este *diestro* suele ser bastante torpe; pero lo disimula todo lo posible: tiene una fortuna escandalosa que le hace quedar bien en todas ocasiones, y al dotarle la madre naturaleza de buena figura, donaire y arrogancia, le ha inspirado un si es no es de *asco* á la *diadema cornumental*, que el buen hombre se *pirra* cuando la ve *viajar* hácia él. Desde chiquito y cuando

[redacted]

las suertes mas difíciles con limpieza, seguridad y lucimiento, *liarse* con la fiera, arrancarle la *divisa*, y retirarse paso á paso con el *vicho* á la espalda, que mas que toro bravo parece un manso cordero domesticado por él. Vedle sereno, con los *piés sentados* á la cabeza de la res, pasarla y repasarla con pulso y conocimiento ó bien desplegar su capote y mostrarse digno sucesor de *Costillares*, *Pepe (Hillo)*, *Cándido y Romero*. — Si quereis encontrar á Montes, buscadle en el peligro; notad esa avidez tan marcada en su noble semblante, ese afan por precaver y remediar todas las desgracias, ese instinto y oportunidad en la ejecucion. ¿A cuántos no ha librado de la muerte su capote? Y sin embargo, lo hemos visto muchas veces caminar solo á dar la muerte sin mas apoyo que su inteligencia, sin mas amparo que su destreza y serenidad.— Francisco Montes es el torero do *buen trapío*: es la gloria de Chiclana y de todo el mundo tauromáquico, aunque les pese oirlo á sus muchos detractores.—Pero; ¿cuándo no los tuvo el verdadero mérito? No obstante, el lidiador que en su arte de torear á pié y á caballo, superior y mas completo que el de *Novelli Pepe Hillo* y otros, ha fijado reglas para asegurar la vida de sus compañeros y sucesores, y ha dejado consignados en el mismo los sentimientos francos y puros de un alma noble y desinteresada, merece seguramente un lugar muy distinguido en el aprecio y consideracion de todos los hombres. Y á propósito del arte de torear de Montes, no haria mal nuestro gobierno, ya que es algo *aficionao á los embroques sobre corto*, en hechar la *visual* á la parte tercera, capítulo único de dicho arte, que trata de la *reforma de los espectáculos de toros*, tanto porque es muy conveniente para la mejora de esta fiesta nacional, como porque sus productos se suelen aplicar en beneficio de establecimientos de beneficencia y pública utilidad.

Vamos á concluir con una triste reflexion.—El toro no sabe leer ni escribir; por consiguiente á lo mejor da al traste con todas las reglas, y con un mete y saca iguala las diferentes clases de toreros. ¡Líbrelos Dios, y muy especialmente al *Zeñon Paquiro*, de semejantes trabajos!!

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

LA PATRONA DE HUESPEDES.

EL orígen de las casas de huéspedes (estilo coronista), se pierde en la noche de los tiempos. Los libros sagrados nos hablan ya de esta costumbre generalizada entre los primeros patriarcas, por lo que hay que decretar, cuando ménos, al padre Abraham los honores de la invencion.

Verdad es que en aquellos siglos primitivos, todavia este uso venerando se resentia de la sencillez evangélica, y no estaba tan refinado como lo vemos hoy, los que aguardamos á nacer tres ó cuatro mil años despues. Entónces todo su mecanismo se reducia á tener siempre abiertas las puertas de la choza paternal (si es que esta tenia puertas) al fatigado peregrino que, sin mas maleta ni silla de posta que el bordon y la calabaza, acertaba á atravesar á deshora por aquellos andurriales; hacerle un ladito en la estera que servia de blando sofá y de mullido lecho; ponerle delante un cenacho de bellotas, ó cosa tal, y su botijo de agua pura y serenada; y si lo queria comer, bueno, y si no, tan amigos como ántes. Luego de sobremesa, era de rigor el cruzarse de brazos la familia, y rodear al huésped, para escuchar de su boca la narracion de las extrañas aventuras de sus peregrinaciones, durante la cual no dejaba el papá de enternecerse, la madre de compungirse, el hijo de entusiasmarse, y la señorita, si la habia, de echar al forastero unas ojeadas, que déjelo Vd. estar.

No hay duda que, considerada esta simplicidad bajo el aspecto poético, no deja de tener su aquel; y sino léanse por lo religioso los libros bíblicos, que tan admirables recursos supieron hallar en este sencillo argumento: y viniendo á lo profano, ahí estan Virgilio y Fenelon, que no eran ningunas ranas, los cuales hallando que esto de la hospitalidad era la fuente de toda poesía, y cosa buena para ponerse en libros, cogieron por su cuenta á las semidiosas Dido y Calipso (dos honradas señoras por otra parte, que no

La Patrona de huespedes.

consta pagasen patente de hospedage público ni secreto) hiciéronlas poner sendos papelitos laterales en los balcones, (como es uso y costumbre de Madrid en casos tales) y hágote viuda de circunstancias, ó doncella cuarentañona, y «*Aquí se alquilan salas y alcobas con asistencia ó sin ella, á gusto del parroquiano*, etc.;» viendo lo cual los mancebos Enéas y Telémaco, que eran hombres que lo entendian, subieron bonitamente las escaleras, llamaron á la puerta, y..... lo demas por sabido se calla.

Era, pues, otra Calipso que no podia consolarse de la partida de otro Ulises; y que en el esceso de su dolor, (como hubieran traducido mas de cuatro literatos) *se encontraba desgraciada de ser inmortal:* quiero decir, de hallarse viva todavia, porque lo que es inmortales ya no se usan desde los tiempos de Calipso, en cuya isla no debia haber médicos ni boticarios. Pero volviendo á nuestro poema contemporáneo y á su lastimosa heroina, cuya gruta (ó sea cuarto piso) no resonaba ya con los acentos de su voz, proseguiremos nuestra *indirecta* imitacion ó sea *arreglo á la escena española*, diciendo que las ninfas que la servian no osaban decirla «esta boca es mia.» —(Estas ninfas eran una moza gallega, fresca y reluciente

como tarja de remolacha, y una náyade del Manzanares, de las que acuden todas las tardes por bajo de la Vírgen del Puerto á sumergir en las ondas sus flotantes túnicas, ó sean pañales, y los de sus parroquianos, nada inmaculados por cierto.

Paseábase, pues, nuestra anónima Ariadna á largos pasos y con visibles señales de agitacion todo á lo largo de su palacio que podria tener hasta unos quince piés en cuadro; y de vez en cuando solia pararse á contemplar el solitario y mal perjeñado lecho, que solia regar con sus lágrimas; pero esta bella perspectiva, lejos de moderar su dolor, la traia á la memoria la fementida estampa de su ingrato huésped, el fugitivo Teseo, que no era otro que D. Ponciano Pasacalle, nombrado administrador de correos de S. Esteban de Gormaz.

A veces asomábase á la ventana, que ofrecia á sus miradas la risueña perspectiva de un tejadillo, renovando su dolor los episódicos lances amatorios de los zapirones de la vecindad; y todo se la volvia alargar la gaita por entre un canalon y dos chimeneas, por ver si acertaba á divisar á lo lejos el camino real de Castilla, por donde D. Ponciano habia desaparecido, conducido por arrobas en alas de un maragato.

De pronto se oye ruido de tacones de botas que suben la escalera; páranse luego, porque no habia mas que subir; llaman tres golpecitos á la puerta; abre la gallega, y dos hombres, de los cuales el uno parecia á D. Ponciano como un huevo á otro, se presentan delante de la viuda.—Por supuesto que esta conoció á la legua que el tal no podia ser otro que el primo hermano de su ausente, que este le habia anunciado como que debia venir un dia de estos á Madrid para revalidarse de cirujano en el colegio de S. Cárlos.—No pudo, sin embargo, conocer quién era el vegete que le acompañaba, y es que el tal vegete era un escribiente memorialista de detras de Correos, que cuidaba de acomodar á los forasteros que se apeaban de la rotonda de la diligencia y servirles de Mentor en sus primeros pasos en la heróica capital.

Por supuesto que nuestra patrona (á quien ya relevaremos del incógnito, y llamaremos por el nombre de *D.ª Tadea de Rivadeneyra*) tuvo allá en sus adentros un ratito de jolgorio al contemplar las facciones del recienvenido mancebo, tan acordes y paralelas con las del eclipsado administrador; pero no queriendo dar, como quien dice, su brazo á torcer, ni confesarse vencida á las primeras de cambio, frunció algun tanto el entrecejo, ahuecó la voz, y dirigiéndola á los dos personages anónimos, les apostrofó preguntándoles por quién ó como habian sabido su ignorada habitacion y que ocasion les traia á sus altas y elevadas regiones.—Entónces el mancebo, (que tenia una voz de barítono acostumbrada á modularse al compás de la *jota* y de la *guaracha*) se quitó cortésmente su gorrilla de viajero, sacó del bolsillo un papelito si es no es mugriento y arrugado, dióselo á leer á D.ª Tadea, por donde esta vino en conocimiento de lo que ya su corazon la habia predicho, á saber: que el tal individuo no era otro que el sospechado primo del supradicho Pasacalle. Con lo cual, mas en su equilibrio la viuda, acudió amorosa á tomar el saco del colegial, le instó en su aposento, y marchó á dar una vuelta á la cocina para disponer unas tortillas con sendos golpes de patatas y jamon.

Este ligero articulejo habria de aspirar á las formidables dimensiones del poema de Fenelon, si hubiéramos de seguir uno por uno los gratos episodios que formaron, hicieron creer y morir aquella intriga, ó sea drama, entre el jóven Pedro Correa, natural de Olmedo, cirujano sangrador y barbero latino, y la honrada y excelente dueña D.ª Tadea de Rivadeneyra, viuda *in partibus infidelium*; la cual desde aquel primer almuerzo dió al traste con sus memorias, eclipsó su entendimiento, y subyugó su voluntad al nuevo huésped. Este por su parte, que no era lerdo, bien echó luego de ver el efecto que sus ojos y compostura habian hecho en la huéspeda; y como ella no era todavia ningun vestiglo que digamos, y mas para impuesta sin censo, y como por otro lado, la bolsa del colegial no estaba para pedir cotufas en el golfo, ni para hacer ascos de ninguna económica caridad, dió en seguirla la corriente, y en hacer como que si tal; de suerte que á las veces narrando en familia, al amor de la lumbre, sus aventuras estudiantiles, ó rascando otras en su mal templada vihuela por el tono del *Salerito* y del ¡*ay, ay, ay*! acertó á encender en aquel blando pecho una hoguera que ni todas las mangas de la villa acertáran á apagar.

Por supuesto que á todo esto nada se habia tratado de cuenta de gasto ni de cosa tal; sino que el bienaventurado mancebo podia hacerse la ilusion poética de que nacian por ensalmo al fuego de sus miradas, el rico chocolate de Cruzada, el sabroso jamon gallego, la excitante morcilla extremeña, el delicado queso montañés. Todo se reducia por su parte á un regular consumo de suspiros y ternezas, á tal coplilla simbólica improvisada á la guitarra, ó cual otro juramento en prosa hecho á la manera jesuítica, con la debida restriccion mental.

La viuda, sin embargo, no estaba en el pleno goce de aquella celeste beatitud que era de suponer; porque amaestrada en el mundo (¡y quién no lo está á las cuarenta navidades!) bien echaba de ver que todos aquellos rendimientos del muchacho pudieran tal vez ser mas calculados que espontáneos, y que dando rienda suelta á sus pasiones, corria inminente peligro de ver convertidos en espuma sus ahorros en el yelmo barberil.

Acabó de fijarla mas y mas en estos temores una sospecha que, aunque nacida á oscuras, vino á iluminar su razon, y fue el caso que cierta noche, regresando del sermon de los Dolores, halló que el huésped, cansado sin duda del de la Soledad, se hallaba mano á mano, y á oscuras, con la moza gallega; que, nueva Eucharis podria tal vez haber hallado favor en el pecho del forastero, y contribuir con su traicion á hacer mas interesante el argumento del drama. (La viuda habia leido el Telémaco traducido por R... lo cual es lo mismo que decir que no le habia leido de modo alguno.)

Desde aquel dia, ó mejor sea dicho, desde aquella noche, la agitada D.ª Tadea no tenia, como suele decirse, el alma en su almario; y todo era soñar traiciones, y vislumbrar complots, y temblar pronunciamientos; y ora se figuraba á su cruel Vireno, número 2, huyendo con la otra maula, ora creia ver á esta reirse en sus barbas de las angustias y temores que la hacia experimentar. Ni en paseo, ni en misa, ni en visita, podia sosegar un punto, ni dejaba tampoco reposar al amartelado galan, el cual, sea agradecimiento á los favores recibidos, sea esperanza de los que aun confiaba recibir, todo se resolvia en protestas y manifiestos del mas sincero y cordial rendimiento, y aun habló de «coronar su amor» y demas frases poéticas dignas de un pastor de la Arcadia, siempre con la condicion de llegar á reunir los dos mil y pico de reales del depósito exigido por los reglamentos para autorizarle á matar al prógimo.

D.ª Tadea, como mujer y enamorada, no era de piedra para dejarse convencer, tanto mas, que el galan por su parte la instaba diariamente á que para apartar el pretesto de sus sinsabores, despidiese á la gallega; hízolo así con efecto; y desde entónces, mas acordes, pudo la viuda soñar tranquila con su grata esperanza, el galan afirmarse en su viva fé, y la moza entregarse á su ardiente caridad.

Dispuestas así las cosas á gusto de todos, no tardó el traidor en atraer á lo mas recóndito de sus redes